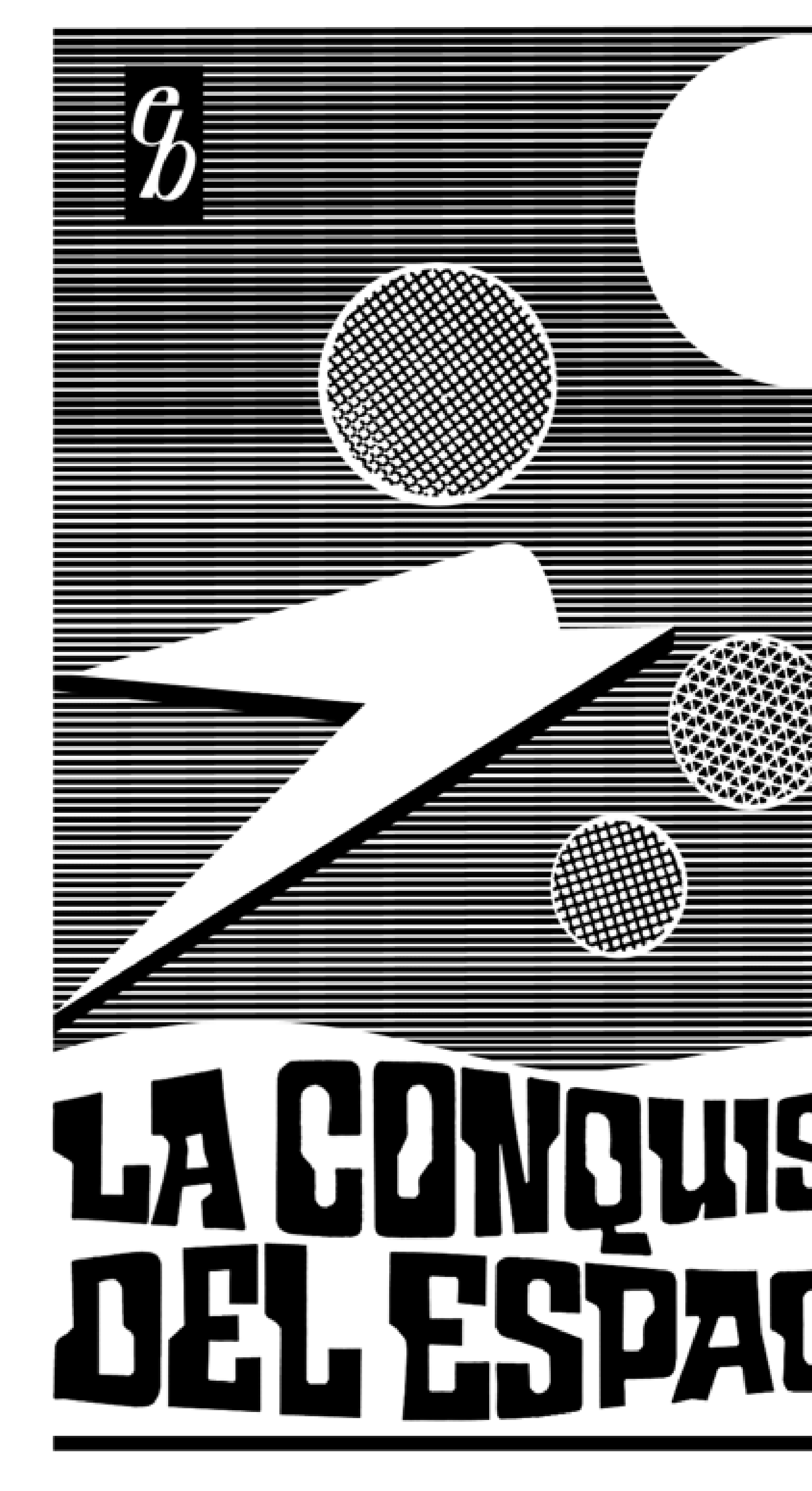


LARVAS

adam surray

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUIS
DEL ESPAC

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

318 — *Herederos del espacio* — Marcus Sidéreo

319 — *Paso once* — Curtis Garland

320 — *La granja* — Ralph Barby

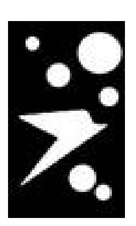
321 — *Planeta en agonía* — Glenn Parrish

322 — *La amenaza múrida* — A. Thorkent

ADAM SURRAY

LARVAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.° 323
Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Impreso en España — Printed in Spain

1° edición: setiembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO I

Harry Browne desvió la mirada de los papeles que se amontonaban sobre la mesa escritorio. Sus ojos se empequeñecieron tras las gruesas lentes de miope.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, Harry... Todo ha quedado en silencio. Incluso las máquinas han dejado de funcionar.

Harry Browne presionó uno de los botones del interfono. Al no recibir respuesta pulsó varios más; aunque con idéntico resultado.

—¿Qué diablos...? ¡Nadie responde! Ni en el Departamento de Confección, ni en la Sala de Máquinas, ni en Administración...

Edward Baxter se incorporó del semicircular sillón, acudiendo al ventanal de la estancia.

Desde allí se divisaba gran parte de las instalaciones de la Browne & Baxter Industries.

La más importante fábrica de tejidos naturales y fibras sintéticas de California. Cuatro gigantescos hangares cubrían la asfaltada explanada. Una muralla cercaba la factoría. Dos puertas principales, cuatro accesos secundarios y salidas para las mercancías.

Un aparcamiento con capacidad para mil vehículos. El número de empleados en la Browne & Baxter Industries se aproximaba a los dos mil.

Junto a los cuatro hangares, destacaba el edificio de Administración. Era como una torre. Siete plantas. Fachada acristalada. Futurista. En la última planta un heliódromo. Aquel edificio había sido bautizado por los empleados con el nombre de El Faro.

Sí.

Desde allí se dominaba toda la fábrica. Edward Baxter sonrió.

Frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro atractivo. Lucía fino bigote y una larga y estrecha patilla que se unía en su barbilla.

—Están todos en el patio, Harry... Se han ido concentrando por secciones.

Browne acudió también al ventanal. Con torpes movimientos.

Su voluminosa figura le restaba agilidad. También influía la edad. Harry Browne pronto cumpliría los sesenta años.

Su rostro era mofletudo. Grasiento. Los gruesos cristales de sus lentes de miope no contribuían en absoluto a paliar el nulo atractivo.

Empequeñeció de nuevo los ojos como queriendo así acentuar su vista de topo.

—¿Qué hacen…? Inmóviles, en silencio… Parece una parada militar.

Baxter volvió a reír.

—Tienes razón. Están todos. Los de taller con su azul uniforme desechable, el verde de los administrativos, el negro de los operarios…

—¡No pueden haber paralizado las máquinas!

Harry Browne se precipitó sobre la mesa escritorio atrapando una rectangular caja. Accionó una palanca.

La pared frontal del espacioso despacho se iluminó formando una gran pantalla.

Browne, por control remoto, hizo pasar en la pantalla imágenes de las diferentes secciones de la fábrica. El sistema de televisión en circuito cerrado le ofreció una panorámica de la Browne & Baxter Industries. La centró en el patio. Donde se alineaban cerca de los dos mil empleados. Hombres y mujeres.

Inmóviles y silenciosos.

—¿Qué diablos pretenden, Edward? Si es un intento de coacción para conseguir mejoras salariales juro que se arrepentirán.

—Nunca hemos tenido ese tipo de problemas, Harry. Los empleados están controlados por hombres de nuestra total confianza.

—La paralización de las máquinas y el permanecer ahí en actitud pasiva nos ocasiona elevadas pérdidas. Les aplicaré una dura sanción. No toleraré la más mínima…

Edward Baxter hizo chasquear los dedos. Interrumpiendo a su interlocutor.

—¡Ya está! ¡Cómo hemos podido olvidarlo! Hoy se cumplen los tres meses. En toda California se acordó una paralización total para las doce horas del mediodía —Edward Baxter sonrió al consultar la mini pantalla digital de su reloj de pulsera—. El Día R-0. Este silencio… Toda California estará paralizada durante cinco minutos, Harry. Levacars, trenes, el tráfico en las autopistas, comercios, almacenes, fábricas…

Harry Browne secó parcialmente el sudor de su rostro con un pañuelo de papel. Lo arrojó al cubo-aspirador.

—¿De qué estás hablando, Edward?

—Hoy es el siete de mayo. ¿Qué ocurrió el siete de febrero?

—Te refieres a…

—Sí, Harry. La explosión del Underjump. La central nuclear secreta emplazada en las entrañas del Valle de la Muerte. Un proyecto del Departamento de Energía Atómica que se llevó a cabo en un asombroso top-secret. Se desconocen las actividades e investigaciones realizadas en Underjump y el tiempo de funcionamiento del laboratorio termonuclear. Lo cierto es que aquella central subterránea hizo explosión. No se sabe, o al menos los servicios de Unidefensa

Nacional no quieren decirlo, las causas del accidente. Se comenta que eran alrededor de doscientos los científicos que perecieron en la espeluznante explosión. No hubo supervivientes. Fue peor que las explosiones subterráneas provocadas en la década de los sesenta. Se utilizaron todas las medidas antirradiactivas conocidas; pero el flash gamma de la explosión se dejó sentir en el exterior. El Valle de la Muerte es ahora aún más maldito.

—Creí que el incidente ya estaba olvidado.

Edward Baxter arqueó las cejas. Algo sorprendido por el comentario de Browne.

—¿Olvidado? La explosión nuclear de Underjump, aun siendo subterránea, afectó a un radio de treinta kilómetros. Algunas pequeñas localidades próximas al Valle de la Muerte sufrieron las consecuencias de la lluvia radiactiva. El cráter fue de unos diez kilómetros de diámetro. Se afirma que fue una explosión del orden de los ciento cincuenta megatones.

—El Departamento de Energía Atómica desmintió ese dato.

—Por supuesto, pero no se dignaron dar una declaración oficial del suceso. Basándose en las cláusulas de la Alta Seguridad del Estado cerraron el asunto sin ningún tipo de explicaciones. El pueblo californiano ha comprendido que está sentado sobre un barril de pólvora e ignorante de la longitud de la mecha. De ahí la protesta del día de hoy. Día R-0. Ya ganada la batalla contra la contaminación no queremos un cielo de flash gamma. Radiactividad cero. Ese es el lema del día de hoy.

Habían transcurrido los cinco minutos.

En la explanada brotó de súbito un ensordecedor griterío. Paulatinamente los diferentes grupos de trabajadores se fueron reincorporando a sus respectivas secciones.

Harry Browne, desde lo alto de El Faro, les contempló despectivo.

—Estúpidos…

—¿Por qué dices eso, Harry? Recuerdo tu enojo el día de la tragedia del Underjump. Knox City se salvó milagrosamente, merced al rápido empleo de las ondas antirradiactivas. Otras localidades no fueron tan afortunadas. Tu protesta al gobernador…

—Fue otra estupidez. Continuarán las investigaciones termonucleares. Y nosotros seguiremos ajenos a ellas. ¿Cuántas centrales Underjump calculas enterradas en Estados Unidos?

»¡Incontables! Se burlan de nuestras protestas, Edward. Nosotros mismos financiamos las investigaciones con los elevados impuestos. Día R-0…

»¡Valiente estupidez! Somos marionetas y debemos bailar al ritmo que nos imponen. Estas manifestaciones y las campañas de prensa son las válvulas de escape que nos permiten utilizar. Saben que son

inofensivas.

Harry Browne retornó tras su mesa escritorio.

También Edward Baxter se distanció del ventanal. Atrapó un portafolio depositado junto al sillón.

—Regreso a San Francisco, Harry.

—¿No almuerzas con nosotros? Hayley se alegraría... Le abruman los plácidos días de Knox City.

Baxter denegó con una sonrisa.

—En otra ocasión. En San Francisco me espera Clive Wilder. Quiero que me explique las dificultades existentes en nuestra sucursal de Utah. Las ventas en aquella zona han descendido considerablemente.

—Es cierto... Había olvidado el asunto de Utah.

—Lo solucionaré satisfactoriamente.

—Ignoro qué disculpas te presentará Wilder; pero de poco le servirán. Despídele.

—¿Cómo?

Browne fijó sus ojos de miope en los papeles esparcidos por la mesa. Sin molestarse en contemplar a Edward Baxter.

—Ya me has oído, Edward. No quiero ineptos a mis órdenes.

—Clive Wilder es un buen empleado. Lleva años vinculado a nosotros. Tú mismo le nombraste director de la sucursal de Utah.

—Lo recuerdo perfectamente. Influenciado por ti, Edward. Comprendo la amistad que te une con Wilder; pero en nuestro negocio no hay lugar para los fracasados.

—Hace dos años el territorio de Utah se proclamó líder en ventas.

—Eso fue hace dos años. Cuando Clive Wilder tomó la plaza de director. Ahora se ha dormido en los laureles. Despídele.

—Oye, Harry...

—¡Despídele, maldita sea! —gritó Browne, congestionado su adiposo rostro—. ¡Es una orden!

Edward Baxter inclinó la cabeza.

Tal vez para que Browne no descubriera su mirada de odio.

—Sí, Harry. Lo que tú digas.

Baxter abandonó el despacho encaminando sus pasos hacia la planta superior.

La última de El Faro.

Allí estaba emplazado el heliódromo.

Cuatro helicópteros uniplaza se alineaban en sus respectivas zonas de estacionamiento. En el centro del heliódromo un avión Sumbeam-07. Un veloz aparato V.T.O.L. (Aviones de despegue y aterrizaje vertical).

Los movimientos de Edward Baxter eran seguidos desde la planta inferior.

Harry Browne había conectado el televisor mural.

El sistema en circuito cerrado le transmitía imágenes del heliódromo.

Contempló cómo Edward Baxter se introducía en el Sumbeam-07 junto con el piloto. Minutos más tarde el aparato iniciaba el vuelo en dirección a San Francisco.

El rostro de Harry Browne reflejó una mueca de satisfacción. Sonrió.

Disfrutaba humillando a Edward Baxter. Al meticuloso e inteligente Baxter.

Su socio desde hacía ya cuatro años. Sin aportar un solo centavo al negocio. Sólo su privilegiado cerebro que le catalogaba como uno de los mejores ingenieros en industria y maquinaria textil.

Sí.

De eso no había duda. Edward Baxter era el mejor.

Y para conseguir su colaboración, Browne tuvo que ceder nombrándole socio.

La Browne & Baxter Industries.

A partes iguales en los beneficios; aunque la batuta siempre estaría en manos de Harry Browne.

Era su única satisfacción. Así podía humillar a Baxter.

El obligarle a despedir a Clive Wilder era un buen ejemplo de ello. Consciente de la amistad existente entre los dos hombres.

¿Cuánto tiempo soportaría Edward Baxter las humillaciones?

¿La inteligencia doblegada por el poder del dinero? No.

Algún día solicitaría disolver la sociedad. Era eso lo que buscaba Harry Browne. La fábrica ya disponía de la mejor maquinaria. Diseñada por Baxter. Pasarían décadas para lograr un mayor perfeccionamiento.

Edward Baxter ya no era necesario.

Su presencia y, más aún, su inteligencia molestaban extraordinariamente a Browne.

Soñaba con el día en que Edward Baxter abandonara definitivamente la fábrica.

El sentimiento era recíproco, pero Harry Browne desconocía ese detalle. No le hubiera sorprendido. Aunque sí el procedimiento a utilizar por Edward Baxter.

La forma más sencilla y rápida de desembarazarse de su socio era eliminándole.

Y ése era el propósito de Baxter. Matar a Browne.

Incluso ya había fijado la fecha.

El Día R-0 coincidiría con la muerte de Harry Browne.

CAPÍTULO II

El «Pumpkin-SS» era el auto en turboflite más perfecto. El último modelo lanzado al mercado. Asientos moldeados. Alumbrado electroluminiscente. Techo de vidrio térmico coloreado que proporcionaba una total visión exterior a la vez que filtraba los dañinos rayos del sol. Un aparato especial, antichoque, avisaba automáticamente al conductor de la peligrosa proximidad de un objeto o vehículo originario de fricción.

Un modelo fácil de manejar.

Incluso para un individuo de torpes movimientos como Harry Browne. El auto se adentró en Knox City.

La Browne & Baxter Industries quedaba a menos de cinco millas.

Un elevado tanto por ciento de los habitantes de Knox City trabajaban en la fábrica textil. De ahí que saludaran con profundas reverencias el paso de Harry Browne.

La prosperidad de Knox City iba pareja con Browne & Baxter Industries.

El «Pumpkin-SS» se detuvo momentáneamente frente a un aislado bungalow. Circundado por una muralla de protección.

Harry Browne, sin salir del auto, abrió la verja de entrada mediante un mando-control a distancia.

El asfaltado sendero atravesaba el amplio y bien cuidado jardín que envolvía al bungalow. A la derecha quedaba la piscina y la pista de tenis. A la izquierda se divisaba el invernadero.

El bungalow era de una sola planta. De atrevido diseño. Con predominio del material plástico que facilitaba la profusión de superficies curvas.

El garaje contiguo al bungalow tenía capacidad para cuatro vehículos y un subsuelo con espacio para doble número de autos.

La puerta se alzó automáticamente cuando las ruedas del «Pumpkin- SS» presionaron la plataforma existente a pocas yardas de la entrada. En el interior del garaje dos vehículos más. Un «Pumpkin-AS» del año anterior y un reciente modelo «Westphal».

Harry Browne abandonó trabajosamente el vehículo.

Percibió el rudo contraste entre el aire acondicionado del «Pumpkin- SS» y el tórrido calor existente en el exterior.

Antes de que lograra alcanzar el porche del bungalow ya en su mofletudo rostro se asomaron diminutas gotas de sudor.

Hizo girar el pomo de la puerta. Dos veces a la izquierda. Presión a fondo. Dos giros más a la izquierda. Soltarlo. Y dos giros a la derecha.

En San Francisco, Los Ángeles y demás ciudades importantes era popular aquel sistema de entrada que desterraba la arcaica llave o el introducir una ficha perforada con los inconvenientes de pérdida u olvido.

En Knox City sólo el bungalow de Harry Browne disfrutaba de aquel moderno sistema.

Penetró en la casa.

El sonido del televisor le hizo encaminar sus pasos hacia el salón. Allí estaba Hayley.

Su mujer.

Voluptuosamente recostada en el sofá. Con un vaso de whisky en su diestra. En la boca un largo emboquillado.

—Hola, Hayley...

La mujer no respondió.

Continuó con la mirada fija en la tridimensional pantalla del televisor. Ajena a la presencia de Browne.

Hayley contaba veintinueve años de edad. Justamente la mitad de Harry Browne.

Y no era aquel el único contraste existente en la pareja.

Hayley poseía un cuerpo escultural. Ágil. Bronceado. De mórbidas curvas. El reducido bikini permitía admirarlas con generosidad. Senos compactos y erectos difícilmente controlados por la sucinta pieza. Vientre liso. Cintura cimbreante. Caderas de largos y esbeltos muslos...

Una diosa.

Harry Browne se aproximó. Presionó el mando a distancia depositado sobre la mesa.

La imagen del televisor se oscureció. Aquello sí hizo reaccionar a la mujer. Alzó la cabeza.

Con un altivo gesto que hizo ondular sus largos cabellos negros. Los ojos, también negros, tenían el brillo del ágata. Pómulos salientes. Y unos labios carnosos, húmedos, endiabladamente sensuales...

Sonrió arrojando el cigarrillo.

—No te he oído arrastrar los pies, querido...

—¿Qué haces así?

—¿Cómo? Ah... He tomado el sol en la piscina. ¿Qué ocurre, Harry?¿No te gusto?

Hayley se había incorporado del sofá.

Al formular la pregunta deslizó provocativamente sus manos por el busto y caderas.

Browne tragó saliva.

El aire acondicionado de la casa funcionaba de maravilla.

Y, sin embargo, el rostro de Harry Browne se perló de sudor. Afectado por el fuego que emanaba de Hayley.

La atrapó por los hombros desnudos. Con rudeza. Sus dedos,

gruesos como salchichas, se engarfiaron en la bronceada piel femenina. Buscó los labios de Hayley. Besándola ávidamente.

Hayley permaneció impasible.

Sin rechazar ni aceptar la caricia.

Al separarse su bello rostro reflejaba una sonrisa desmentida por el brillo de repugnancia latente en sus ojos.

Harry Browne le semejaba un repulsivo y viscoso pulpo. Cinco años de matrimonio y aún no se había acostumbrado. Sí. Resultaba difícil convivir con un pulpo baboso de la categoría de Harry Browne.

—Te he esperado para el almuerzo, Harry. Habíamos acordado invitar a Edward Baxter.

—Edward permaneció tan sólo unas horas en la fábrica. Hay mucho trabajo en San Francisco.

—¿De veras?

Browne contempló fijamente a su mujer. Entreabrió los labios, pero terminó por cerrarlos sin pronunciar palabra alguna.

Se dejó caer en el sofá no sin antes presionar el botón de un rectangular panel de mandos depositado en la mesa.

—No te molestes en llamar a Juliet. La he despedido.

Una soez maldición brotó de Browne.

—Apuesto que fue ella quien se marchó. Ninguna puede soportarte más de una semana.

—Tú llevas cinco años, querido, ¿Por qué sigues soportándome?

Harry Browne sonrió.

—Sueñas con separarte de mí, ¿verdad?

—Ajá.

—Seré yo quien decida el día, pequeña. Cuando empiece a aburrirme... o cuando me canse de tus desprecios. El casarme contigo fue como comprar un valioso jarrón de porcelana. Un objeto de arte. Cinco años es, en efecto, mucho tiempo. Yo soy un viejo, pero tú no debes considerarte muy joven. Cuando considere que has perdido valor, te arrojaré a puntapiés; pero hasta que llegue ese momento permanecerás a mi disposición. ¿De acuerdo, amor?

—Sucio bastardo...

Browne se incorporó.

Manteniendo en su rostro aquella repulsiva mueca que semejaba a una sonrisa.

Ahora abarcó a Hayley por la cintura. Atrayéndola contra sí. Con violencia. Aplastando sus labios contra los de la mujer. Sus manos, más que acariciar, dañaron el cuerpo femenino. Terminó por rechazarla de brutal empujón.

Hayley cayó sobre el sofá. Roja de ira.

Respirando entrecortadamente. El palpitar agitado de sus erectos senos pugnando por liberarse de la reducida pieza de tela.

Browne la devoró con la mirada.

—Eres diabólica, pequeña... Ese desprecio que reflejan tus ojos me agrada. Disfruto humillando a los que me odian. Permanecerás conmigo. Dudo que llegue a cansarme del fuego de tus labios.

Hayley se pasó una y otra vez el dorso de la mano por la boca. Con marcado gesto de repugnancia.

Aquello no hizo más que acentuar la risa de Browne.

—Prepara un whisky para mí, nena. Voy a tomar un baño.

Harry Browne abandonó el salón dirigiendo sus pasos al dormitorio. Una estancia circular. Espaciosa. Fue directamente al cuarto de baño.

La bañera, al igual que los restantes elementos, formaba parte integrante de los muros. Todo funcionaba mediante controles electrónicos.

Browne seleccionó su programa habitual.

Agua a una temperatura determinada, jabón muy espumoso, perfume en dosis adecuadas...

Retornó al dormitorio procediendo a desvestirse.

La camisa, ropa interior y calcetines fueron arrojados a una oculta ventana receptora que conduciría automáticamente las prendas a la lavadora ultrasónica.

Su voluminosa y grasienta figura, de lechosa piel, se reflejó fugazmente en el espejo mural del baño.

Browne se despojó de las gafas.

Instintivamente sus ojos se empequeñecieron arrugando la frente. Con torpes movimientos se introdujo en la ovalada bañera ya repleta de perfumada y espumosa agua.

Cerró los ojos.

Reclinando su espalda en la modelada superficie. Placenteramente. Sólo disfrutó unos minutos de relax.

Unas risas burlonas le sobresaltaron súbitamente.

—¿Te das cuenta, Edward? Es como presenciar el baño de una repulsiva foca.

Harry Browne abrió los ojos.

Borrosamente vio las dos figuras junto a la entrada. Su aguda miopía le impedía distinguir las facciones, pero les reconoció al instante.

Hayley y Edward Baxter.

—¿Qué… qué significa? —tartamudeó Browne sin reaccionar a la sorpresa—. ¿Qué haces aquí, Edward?

—Decidí aceptar tu invitación, Harry.

—¿Cómo te atreves...? ¡Maldita sea, Hayley! ¿Por qué le has conducido hasta aquí? ¡Fuera! ¡Fuera los dos!

Edward Baxter chasqueó la lengua.

—Es algo peor que una repulsiva foca, Hayley. Los individuos como Harry contaminan el ambiente. Son un peligro para la humanidad. Debían recompensarnos por eliminarle.

Los ojos de Browne, cargados de dioptrías, se agrandaron. Parpadeó incrédulo.

—¿Te has vuelto loco, Edward? ¿Qué significa…?

—¿Aún no lo comprendes? Voy a matarte, socio.

—Estás… estás loco… ¡Avisa al sheriff, Hayley!

—Pobre estúpido —rió Hayley sin ocultar su odio y desprecio—. Termina con él, Edward. Empieza a producirme náuseas.

Browne trató de incorporarse al ver cómo la borrosa figura de Edward Baxter se aproximaba amenazadora.

No lo consiguió.

Baxter fue más rápido.

Le sujetó la cabeza con ambas manos.

Fue un seco movimiento. Rápido y violento. La cabeza de Browne golpeó contra el duro mármol.

No perdió por completo el conocimiento, pero sí quedó aturdido. Con los ojos estrábicos.

Baxter continuaba atenazando su cabeza.

Su segundo movimiento fue impulsarla hacia abajo. Sumergiéndola en la espumosa agua hasta presionarla contra el fondo de la bañera.

Harry Browne comenzó a debatirse desesperadamente.

Agitando brazos y piernas en un vano intento por salir a la superficie.

—¡Aguántale, Edward!… ¡Sujétale con fuerza! —animaba Hayley con el rostro encendido—. ¡Ya cede! Sí.

El angustioso bracear de Browne iba cesando. Las burbujas que asomaban a la superficie, por encima de la perfumada espuma, eran ya más distantes. Harry Browne quedó inmóvil.

Baxter, jadeante por el esfuerzo realizado, esperó unos segundos más antes de soltar su presa.

—¡Oh, Edward!…

Hayley le echó los brazos al cuello. Ofreciendo sus ardientes labios a Baxter.

El mofletudo rostro de Harry Browne asomó por unos instantes a la superficie. Desencajado. Semicubierto por la espuma. Sus desorbitados ojos parecieron contemplar el apasionado beso de la pareja.

Pero los ojos de Browne ya no podían ver.

A las dioptrías se había añadido el tupido velo de la muerte.

CAPÍTULO III

Edward Baxter sonrió animosamente.

—¿Lo has comprendido bien, Hayley? Debes mostrarte muy sorprendida cuando vengan los de la Hiller Company. La operación de Browne con la compañía de seguros fue secreta. Sólo yo estaba al corriente. Cuando sea conocida la muerte de Harry, deberé comunicarlo al Consejo de Administración y a los abogados de la empresa; pero la primera visita que recibas será la de investigadores de la Hiller Company.

—Sí, Edward; aunque yo seré la principal sospechosa.

—¿De qué? ¿De un accidente sufrido en el cuarto de baño? Jamás podrán demostrar que Harry Browne fue asesinado. Descartarán semejante hipótesis.

—¿No investigarán?

Baxter sacudió la cabeza con impaciencia.

—¡Por supuesto que sí! La policía pronto se mostrará satisfecha, pero no ocurrirá lo mismo con los directivos de la Hiller Company. Harry Browne realizó la póliza por la mayor cuantía. Cinco millones de dólares.

—Y yo soy la beneficiaria —rió Hayley nerviosamente—. Aún me resisto a creerlo. Cuando me lo comunicaste no daba crédito a tus palabras. Lo consideraba una burla. Nombrarme a mí beneficiaria de su póliza de vida… ¡por cinco millones de dólares!

—También te expliqué los motivos. Desde luego no fue una muestra de cariño o amor. Es uno de los múltiples procedimientos que se emplean para evadir impuestos en la actualidad. Harry Browne, merced a la elevada cuota de la póliza, iba acumulando un capital libre de impuestos que podía retirar a los diez años cancelando el seguro. Ese era su proyecto. La Hiller Company es experta en este tipo de operaciones. En diez años, plazo mínimo, los intereses suben como la espuma. Las dos partes hacen un buen negocio, a no ser que…

—Muera el asegurado.

Hayley y Baxter rieron alegremente.

—Sí, nena. La Hiller Company tendrá que pagar los cinco millones de dólares; aunque el más perjudicado ha sido Harry.

—Tú también resultarás sospechoso en las investigaciones de la Hiller Company.

—Antes de buscar sospechosos deben demostrar la existencia de delito. Lo de Harry fue un accidente. Eres tú quien debe permanecer serena. Yo tengo una buena coartada. ¿Olvidas que en estos momentos estoy en San Francisco?

—¿Confías en Jerry Stone?

—Plenamente. Jurará que el Sumbeam-07 aterrizó en el Gran Heliódromo de San Francisco a la hora prevista y conmigo a bordo. Clive Wilder me espera ahora con un avión biplaza en una explanada próxima al Valle de la Muerte. En el mismo lugar donde me depositó Stone. Llegaré con Wilder a San Francisco en menos de una hora. Él será mi segunda coartada.

—Todo saldrá bien, ¿verdad, Edward?

Baxter besó los labios de la mujer.

—Por supuesto. ¿Acaso no lo hemos planeado a la perfección? Ambos deseábamos desembarazarnos de Harry Browne. Tú serás libre y con cinco millones de dólares. Para mí el poder absoluto de la Browne & Baxter Industries. Ahora sigamos con el plan trazado. No es prudente demorarlo más.

—Sí, Edward.

Baxter abandonó el bungalow.

Hayley quedó unos instantes en el espacioso living. Lentamente encaminó sus pasos hacia el salón.

Se acomodó frente al panel telefónico tecleando un número. La respuesta por el diminuto altavoz fue inmediata.

—Oficina del sheriff Boyle.

—¿Mark?

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

Hayley inspiró profundamente.

Su voz sonó entrecortada y apremiante.

—Mark... Soy la señora Browne... Necesito ayuda. Temo que a mi marido le ha ocurrido algo grave.

—Voy de inmediato.

Hayley sonrió al cortar la comunicación.

Mark Boyle, sheriff de Knox City, sería fácil de convencer. Le había sorprendido más de una vez devorándola con la mirada. Babeando al verla tomar baños de sol en la piscina.

Hayley pasó al dormitorio. Se despojó del bikini.

Cubrió su desnudo cuerpo con una larga y vaporosa túnica retornando de nuevo al salón.

Encendió un cigarrillo.

Junto al panel telefónico se instalaba la unidad de televisión doméstica. Conectó el visor exterior. En la pequeña pantalla apareció la verja de entrada al recinto. La abrió pulsando el mando control.

La espera fue breve.

A los pocos minutos un auto con el escudo del Departamento de policía de Knox City estacionaba frente a la entrada.

Descendió un individuo. Aquello hizo sonreír a Hayley.

Sí. Mark Boyle, tal como había imaginado, acudía solo.

Hayley desconectó el visor acudiendo al living. Abrió la puerta de entrada al bungalow antes de que el sheriff accionara el llamador.

—¡Oh, Mark...! Gracias... Gracias por su rapidez...

El sheriff de Knox City era un individuo alto. Esquelético. De rostro enjuto. Con unos ojos saltones demasiado expresivos. Ahora mismo casi se salían de las órbitas fijos en el pronunciado escote de la túnica femenina.

—¿Qué ocurre, señora Browne?

—Mi marido..., está encerrado en el cuarto de baño y no responde a mis llamadas. Temo que pueda haberle sucedido algo.

Boyle siguió a la mujer.

Ahora sus ojos se posaron en el sensual ondular de caderas. Y aún se agrandaron más al quedar Hayley bajo el contraluz del amplio ventanal del dormitorio.

El sheriff tragó saliva con dificultad. Quedó con la boca entreabierta.

El cuerpo de Hayley se delineó en toda su escultural perfección.

—Es ahí...

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —Boyle hizo girar el pomo de la puerta correspondiente al cuarto de baño. No cedió

—¿De qué tipo es el cierre?

¿Combinación numérica?

—No. Un simple pasador interior acoplado al pomo. He intentado hacerlo girar desde aquí mediante un alfiler; pero no ha funcionado. En mi nerviosismo he roto el alfiler y ahora bloquea por completo el mecanismo.

Boyle golpeó la puerta. Con violencia.

—¡Señor Browne!... ¡Señor Browne!...

—¡Por el amor de Dios, Mark! ¡No le responderá! ¡Ya le he llamado repetidamente sin ningún resultado!

Mark Boyle retrocedió unos pasos.

Del cinturón pendía su reglamentario revólver «Watcher». Lo desenfundó manipulando en el cilindro regulador de potencia.

—¿Tengo su autorización para derribar la puerta?

—¡Sí, sí!...

El sheriff apretó el gatillo.

El pomo saltó en mil pedazos a la vez que se dibujaba un negruzco boquete en la hoja de madera.

Boyle empujó la puerta que ahora sí cedió mansamente.

El representante de la ley quedó unos instantes bajo el umbral. Paralizado por la sorpresa.

El voluminoso cuerpo de Harry Browne semiflotaba en la enorme bañera. Bañado en espuma. Con los ojos abiertos y el rostro desencajado en indescriptible mueca.

—No entre, señora Browne…

Hayley hizo caso omiso a las palabras del sheriff.

Demostró unas extraordinarias dotes de actriz al ahogar un grito y llevar ambas manos a su fina garganta.

Retrocedió pálida y tambaleante.

—Señora Browne…

Mark Boyle alcanzó a sostener a la mujer antes de que cayera en un perfecto simulacro de desmayo. La depositó en el lecho.

Su acción, unida al turbador contacto del cuerpo femenino, hizo que Boyle se olvidara por unos segundos del cadáver existente en la bañera.

Reaccionó.

Harry Browne era demasiado importante. Su muerte iba a causar una gran sensación en Knox City.

El sheriff extrajo de la chaqueta el transmisor portátil para comunicar con su oficina.

Sus órdenes fueron oídas a la perfección por la…, inconsciente Hayley Browne.

CAPÍTULO IV

Geoffrey Curtis ahogó un suspiro.

—¿Qué harías tú con cinco millones de dólares, Ralph?

—Perder de vista a la Hiller Company y a ti.

—Hablo en serio, Ralph.

Ralph Starret hizo girar el volante del «Shadow» enfilando la longitudinal y ancha autopista que conducía a Knox City.

Frisaba en los treinta años de edad. Pelo abundante, rebelde y de un fuerte tono negro. Frente despejada. Cejas bien curvadas. Ojos grises. Nariz perfilada. Labios de fino trazo. Su cuadrado mentón delataba energía y firmeza de carácter.

Lucía una ligera chaqueta sobre el negro suéter de fibra. Su complexión era atlética. De ágiles movimientos. Acostumbrado al ejercicio físico.

—Semejante pregunta no puede ser tomada en serio.

—Es una hipótesis, Ralph.

—¡Al diablo con tus hipótesis! Geoffrey Curtis arrugó la nariz.

Era un par de años mayor que su compañero Starret. Rostro alargado donde destacaban la aplastada nariz y la desproporcionada boca. Curtis era un superdotado de la naturaleza. Su estatura, algo superior a los siete pies, se veía acompañada por una musculatura prodigiosa.

—¿Qué te ocurre, muchacho? Te preocupa el caso Browne, ¿no es cierto? Lo comprendo. También a mí. La Hiller Company siempre nos designa los casos más complicados. ¡Como si nos fuera posible el hacer milagros! Creo que en esta ocasión habrá que soltar los cinco millones de dólares a la viuda. No hay indicios de que...

Geoffrey Curtis se interrumpió ante la mirada de su compañero. Forzó una sonrisa.

—No te preocupa el caso Browne.

—¡No!

—Tu mujer y los niños.

—Soy soltero, Geoffrey.

—¡Es cierto! Estaba pensando ahora en Logan —rió Curtis en desaforada carcajada—. Mi último caso fue con Logan, ¿sabes? Quince días investigando la provocada quiebra de la Kehoe Products. Logan y yo llegamos a compe-netrarnos muy bien.

—Me han comunicado que Logan está en la Sala de Recuperación del San Francisco Hospital.

—Cansancio.

Ralph Starret no añadió ningún otro comentario. Sus ojos fueron

suficientemente expresivos.

El auto ya circulaba por las calles de Knox City. Estas aparecían semidesiertas y silenciosas. Los comercios cerrados. Al igual que los establecimientos de bebidas y espectáculos.

Se había decretado día de luto oficial en Knox City.

—Tipo importante el tal Harry Browne.

—Ahora ya no lo es.

—¿Por qué…? Ah, claro —Curtis rió de nuevo—. Eres muy ocurrente, Ralph. Los muertos dejan de ser importantes, ¿verdad? Sí, muchacho. Tienes toda la razón.

Starret detuvo el auto frente al bungalow. Los dos hombres descendieron del «Shadow».

La verja de entrada aparecía abierta.

—Bonito lugar. Una choza así me gustaría para mi retiro. San Francisco resulta demasiado ruidoso. ¿Qué opinas tú, Ralph?

Avanzaron por el asfaltado sendero que conducía a la casa. Ralph Curtis extrajo su cajetilla de tabaco.

—Echa un vistazo por el jardín, Geoffrey. En la piscina, el invernadero, la pista de tenis…

—¿Qué busco, Ralph?

Starret cerró los ojos.

Contó mentalmente hasta diez.

Al volver a abrirlos se enfrentó con el sonriente rostro de Geoffrey Curtis.

—Tienes que explicármelo, Geoffrey.

—¿El qué?

—Tú hazaña. El cómo lograste casarte con la hija de Dan Hiller, jefe supremo de la Hiller Company.

—¿Tiene algo que ver con el caso Browne?

Starret suspiró resignado.

—No, pero explica el que estés aquí.

—No te comprendo…

—Olvídalo. Ahora empieza a pasear por el jardín sin buscar nada en concreto. Tal vez encuentres algo que te resulte sospechoso, ¿de acuerdo?

—Sí, Ralph.

Starret llegó al porche. Pulsó el llamador.

Mientras esperaba que le fuera franqueada la puerta desvió la mirada hacia Curtis. Este se había aproximado a la piscina y contemplaba fijamente las azules aguas.

Sí.

¿Cómo diablos pudo engatusar a la hija de Dan Hiller?

Lo cierto es que Geoffrey Curtis era emplazado para los más importantes casos de la Hiller Company. Sin duda el viejo Hiller

deseaba lo mejor para su yerno, o esperaba que en cualquiera de las difíciles misiones alguien le rompiera la cabeza.

La puerta del bungalow se abrió. Starret entornó los ojos.

Tal vez deslumbrado por la belleza de Hayley.

Lucía un vestido oscuro y de severo corte. Cerrado hasta el cuello con simulada abotonadura en bocamangas. Sin ningún adorno.

Poco importaba aquella rígida vestimenta.

Hayley continuaba igualmente provocativa. Era algo innato. Sus túrgidos senos desafiantes bajo la tela, las caderas pronunciándose sensuales...

—¿Señora Browne?

—Sí, soy yo.

Starret mostró su credencial.

—Ralph Starret, detective de la Unidad de Investigación de Hiller Company.

Hayley siguió bajo el umbral. Altiva.

—Dentro de una hora tendrá lugar el funeral de mi marido.

—Lo sé, señora Browne. Es mi intención asistir al sepelio. Sólo la importunaré unos minutos.

Hayley se hizo a un lado permitiendo la entrada del detective. Pasaron al salón.

—Le esperaba ayer, Starret.

—¿De veras? ¿Por qué?

La mujer esbozó una sonrisa.

—Fue ayer cuando los abogados de la Browne & Baxter Industries me informaron de la existencia de la póliza.

—¿La ignoraba?

—Totalmente. Fue una verdadera sorpresa. Mis relaciones con Harry Browne no eran del todo cordiales. De ahí que me sorprendiera ser beneficiaria de su póliza de vida. Máxime por tan elevada cantidad.

—Es usted muy sincera.

—Es una de mis cualidades.

Hayley se había acomodado en el largo sofá. Al cruzar las piernas la falda del vestido subió hasta la mitad del muslo.

Ralph Starret corroboró mentalmente las extraordinarias cualidades de la mujer.

—¿Cómo ocurrió, señora Browne?

—Le creía mejor informado, Starret. Aunque sólo fuera por los periódicos. El suceso se comentó en todos los Estados Unidos.

—Conozco la versión de la prensa y la proporcionada por la policía de Knox City. Ahora quiero la suya.

Hayley se encogió de hombros.

—De acuerdo. Mi marido llegó a la hora habitual tras su trabajo

en la Browne & Baxter Industries. Siguiendo su costumbre preparó el baño y…

—¿Lo hacía siempre personalmente?

—No. Era misión de nuestra doncella de servicio pero se despidió el día del accidente.

—Muy curioso.

—En absoluto, Starret. En lo que llevamos de mes he cambiado cuatro veces de doncella. Las contrato únicamente por no estar tan sola. Las labores de la casa se hacen fácilmente con los robots domésticos y demás aparatos automáticos. Reconozco mi mal carácter y de ahí que el servicio se despida con tanta frecuencia. ¿Puedo continuar?

—Desde luego.

—Mientras mi marido toma el baño suelo prepararle un whisky. Le gusta saborearlo frente a la máquina facsimilar. A las cinco en punto recibe las cotizaciones de Bolsa y luego transmite instrucciones a sus agentes. Es una norma que jamás quebranta. Faltaban cinco minutos y aún no había salido del baño. Fui a llamarle. Insistí y, al no recibir respuesta, empecé a preocuparme. La puerta del baño permanecía cerrada y…

—¿Era también su costumbre encerrarse en el baño?

Hayley apretó con fuerza los carnosos labios. Molesta por la nueva interrupción.

—Lo ignoro.

—¿No pudo averiguarlo en cinco años de matrimonio?

—Nuestro domicilio habitual en San Francisco dispone de cuatro salas de baño. Aquí tan sólo dos. Si mi marido estaba en el baño procuraba no molestarle. Por lo tanto ignoro si acostumbraba o no a cerrarse en él. Sólo puedo indicar que anteayer, el día del accidente, sí estaba la puerta cerrada.

—¿Me permite contemplar el lugar donde ocurrió el…, accidente?

La leve ironía del detective no pasó desapercibida para Hayley Browne. Se mostró indiferente. Consciente de que Ralph Starret trataba de alterarla o hacerla perder sus nervios.

—Sígame.

Fue todo un espectáculo caminar tras Hayley. Aquel oscuro vestido parecía resaltar la perfección de su cuerpo de diosa

Aquel sensual ondular de caderas… Se adentraron en el dormitorio.

—¿Qué ha sido del pomo? —inquirió Starret contemplando la destrozada puerta que conducía al cuarto de baño.

En la hoja de madera se veía un negruzco boquete.

—El sheriff Boyle disparó contra la puerta.

—¿Por qué? Con un simple alfiler hubiera conseguido abrir.

—Ese fue mi primer intento, pero algo debió fallar en el mecanismo. El alfiler se rompió bloqueando el orificio.

—Me hubiera gustado conocer la avería. Es difícil en un mecanismo tan sencillo. Basta introducir una aguja para presionar el cierre y franquear así la puerta. Ahora, sin posibilidad de examinar el pomo, jamás se sabrá si existió realmente avería.

Hayley enrojeció.

Sus ojos llamearon furiosos. Sí.

Debía reaccionar ante aquella directa acusación.

—¿Qué insinúa, Starret?

En el rostro del investigador se reflejó una inocente sonrisa.

—Disculpe, Hayley. Me permite que la llame así, ¿verdad? —sin esperar autorización, prosiguió—: Mi trabajo es muy desagradable. De haber testigos del suceso yo no estaría aquí importunando; pero su doncella se despidió aquel mismo día. Sólo tenemos su palabra.

—¿Acaso no es suficiente? La policía ya cerró sus investigaciones.

—La policía no tiene que pagar cinco millones de dólares.

—Comprendo. El que yo hubiera matado a mi marido sería lo ideal para la Hiller Company.

—En efecto.

—Le han encomendado una misión imposible, Starret.

—Sí…, eso me temo. Ocurrió aquí, ¿no? En esta bañera. Es muy grande. De piso antideslizante. ¿Cómo pudo resbalar?

—Tal vez no resbaló —replicó Hayley con aplomo—. Mi marido era un individuo poco ágil. Demasiado…, voluminoso. Pudo tropezar al introducirse en el baño o al salir. Sin sus lentes era aún más torpe.

—Imposible al entrar.

—¿Por qué?

—He recibido una copia de la autopsia. Harry Browne se golpeó en la nuca; aunque no fue eso lo que le ocasionó la muerte. No llegó a perder por completo el conocimiento. Braceó desesperadamente por salir del agua. Una fea muerte. Al introducirse en la bañera tenía que realizar un giro de casi ciento ochenta grados para golpearse en la nuca. Fue al incorporarse…, o mientras se bañaba.

—¿Qué hipótesis gustaría a la Hiller Company?

Ralph Starret correspondió a la irónica sonrisa de la mujer.

—Pues…, usted atrapa la cabeza de Harry Browne y la proyecta contra el respaldo de la bañera. Luego la introduce en el agua durante los minutos necesarios. Coloca el pasador y cierra. Intencionadamente rompe un alfiler bloqueando el mecanismo. Con ello obliga al sheriff Boyle a destrozar el pomo y anular asimismo la investigación que demostraría que no existía avería alguna en el cierre.

—La autopsia revela que mi marido no murió a consecuencia del golpe. Se debatió por salir, ¿no es cierto?

—Correcto.

—Harry era torpe de movimientos, pero cualquier manotazo suyo me desplazaría varias yardas. Para sujetar su cabeza contra el fondo se necesitan fuerzas superiores a las mías. Y, antes de todo eso, dudo que me permitiera atrapar su cabeza para golpearla contra el respaldo.

—Sólo con la ayuda de un narcótico, pero nada de eso detectó la autopsia. ¿Qué me dice de un cómplice? Alguien que sí tuviera la suficiente fuerza para dominar a Harry Browne.

Hayley rió con suficiencia.

—Dudo que lo encuentre, Starret. Apenas tengo amistades en Knox City. Harry me prohibía salir del bungalow. Los diez primeros días de cada mes debía estar en la fábrica. Esto es para mí como una cárcel. En San Francisco contaba con más diversiones. Knox City es un villorrio.

—¿Desconfiaba de usted el señor Browne?

—Harry desconfiaba hasta de su sombra. ¿Por qué no de mí? No le amaba. El casarse conmigo fue para poder lucirme ante sus amistades. Yo era un objeto más que demostraba el poder de Harry Browne. Encerrada en una bonita jaula de oro.

—¿Por qué no solicitó el divorcio?

—El casarme con Harry fue por ambición, Starret. Para disfrutar de lujos y comodidades. Y Harry lo sabía. Para evitar que yo, una vez conseguido dinero y joyas, solicitara el divorcio y contara con cuantiosa pensión; me obligó a firmar la cláusula S. P. D. en nuestro matrimonio. Sabe lo que significa, ¿verdad? Sin Posibilidad de Divorcio. Yo debería estar ligada a Harry o, en caso de abandonarle, marchar sin un centavo. Harry, por su parte, podía solicitar el divorcio cuando le viniera en gana.

En ese momento sonó el llamador de la entrada. Hayley acudió al living, seguida de Ralph Starret.

Cuando la mujer abrió la puerta se encontró frente a Edward Baxter.

—Hola, Hayley... Ya es la hora. Hayley giró hacia el detective.

—¿Ya ha terminado, Starret?

—Sí... Por el momento.

Hayley había echado sobre sus hombros una negra capa de ancho cuello. La sujetó con la cadena de oro que servía de cierre.

—¿Conoce al señor Baxter?... Edward, te presento a Ralph Starret. Investigador de la Hiller Company.

Los dos hombres estrecharon sus manos.

—Ayer traté de localizarle en San Francisco, Baxter. Debí suponer que estaría aquí.

—Permaneceré algunos días en Knox City. Mañana se reúne en sesión extraordinaria el Consejo de Administración de la Browne &

Baxter Industries aquí en la central. Estaré a su disposición a partir de las once horas.

Ya habían salido al porche.

Hayley cerró la puerta del bungalow mientras que Edward Baxter la esperaba junto a un aerodinámico «Turbombil».

—¿Piensa acudir al funeral, Starret?

—Por supuesto, Baxter.

—Si desea acompañarnos...

Ralph Starret declinó con una sonrisa.

—Gracias. Tengo el auto a la entrada.

Hayley y Baxter se acomodaron en el interior del vehículo. El «Turbombil» trazó un amplio semicírculo bordeando el seto central para luego cruzar la verja de salida.

Ralph Starret quedó unos instantes bajo el porche. Encendió un cigarrillo. Ni rastro de Geoffrey Curtis.

A los pocos minutos le vio aparecer procedente del invernadero.

—¿Qué? ¿Buscando caracoles, Geoffrey?

—Oh, no. He obedecido tus órdenes. Buscando algo sospechoso.

—Y, por supuesto, no habrás encontrado nada anormal.

—No. Únicamente en la parte posterior del bungalow. Al fondo del jardín, casi pegado a la muralla, aparecen unas hojas y arbustos ligeramente quemadas.

—¿Huellas de pisadas?

—No, Ralph.

Habían llegado junto al estacionado «Shadow». Starret interrumpió a su compañero cuando se disponía a entrar en el vehículo.

—Iré solo al funeral, Geoffrey. Tú tienes trabajo aquí. Pregunta en los bungalows cercanos si el día de la muerte de Harry Browne vieron algún aparato auto-cohete sobrevolar próximo a la casa de los Browne. Luego interroga a Juliet Milland y que te detalle las causas de su despido. Y por último reserva plaza en el Gurney Hotel.

—¿Pernoctamos en Knox City?

—Sí, Geoffrey. Esto empieza a oler mal.

Curtir olfateó el aire.

—Yo no... ¡Eh, Ralph!

Starret, con una resignada mueca, ya se había acomodado frente al volante iniciando la marcha.

El caso Browne, ya de por sí difícil, se acentuaba con la..., ayuda de Geoffrey Curtis.

CAPÍTULO V

La comitiva fúnebre partió de la Browne & Baxter Industries.

A los dos mil empleados de la fábrica se unieron la mayoría de los habitantes de Knox City. También habían acudido altos ejecutivos de las distintas sucursales extendidas por Estados Unidos. El gobernador de California era representado por uno de sus funcionarios.

Fue una impresionante manifestación de duelo.

Una longitudinal caravana de vehículos seguía al féretro.

Hayley Browne y Edward Baxter encabezaban la marcha en un «Selection-MX». Un auto más compacto y sin la aerodinámica línea de los «Turbombil» o «Pumpkin-SS». De color negro. Muy acorde con las circunstancias.

Acomodados en el asiento trasero. Un cristal aislante les separaba del conductor.

—Puedes demandarle, Hayley. Su forma de llevar el interrogatorio fue improcedente. Esas acusaciones...

—Sólo comentó su hipótesis —interrumpió Hayley—. La versión que gustaría a la Miller Company. No me acusó. Hizo gala de una fina ironía.

—El tal Starret parece un individuo inteligente, pero jamás llegará a descubrir la verdad. Procura mantenerte firme en tus declaraciones.

—Mañana es tu turno.

Edward Baxter esbozó una despectiva sonrisa.

—No le temo. Contra las coartadas que me proporcionan Jerry Stone y Clive Wilder nada puede hacer. Todo sale conforme lo planeamos, Hayley. Tendrás tus cinco millones de dólares.

—¿Cuándo? Me gustaría abandonar California lo antes posible. Estos cinco años de matrimonio con Harry han sido un verdadero infierno. Era un ser despreciable. Me mantenía recluida no por celos, sino para demostrar que era de su exclusiva propiedad. Me casé con él creyendo que sería fácil de manejar o que terminaría por cansarse de mí solicitando el divorcio y recibiendo yo una sustanciosa pensión; pero el muy bastardo disfrutaba con mis desprecios.

—Un millón de dólares por año de matrimonio. No está nada mal.

Hayley rió nerviosamente.

—Estaré más tranquila con el dinero en mi poder.

—La Hiller Company, cuando vea que sus detectives nada tienen que investigar, no demorará el pago. Cuestión de días, nena. Bien..., ya estamos llegando.

—Sólo a un individuo como Harry Browne se le ocurriría

construir un panteón en medio del desierto —murmuró Hayley, fijando su mirada en el cristal delantero del auto—. ¡Es ridículo!

—Harry no quería ser incinerado. Me lo comentó cuando se hizo construir el panteón. No quería ser reducido a cenizas y reposar en una diminuta caja que se almacena junto con miles más.

—Es lo usual,

—Cierto. Incluso en pequeñas localidades como Knox City es obligatorio incinerar los cadáveres para evitar que los cementerios alcancen despropor-cionadas dimensiones. De ahí que Harry se hiciera construir el panteón en pleno desierto. Un lugar permitido. Y muy apropiado. A muy poca distancia del Valle de la Muerte.

El auto se había detenido.

El conductor abrió la portezuela correspondiente a Hayley Browne. Los demás vehículos de la comitiva fueron estacionando formando un amplio semicírculo.

—Jamás hubiera imaginado semejante manifestación por la muerte de Harry Browne.

Las susurrantes palabras de la mujer hicieron sonreír a Edward Baxter.

—Ninguno de los aquí presentes lamenta su muerte. Harry era odiado por todos. El presenciar su entierro es como una fiesta. Mira sus rostros…, en especial los empleados de la fábrica. Les brillan los ojos de júbilo.

—¿Qué me dices de los miembros del Consejo de Administración?

—Apenas pueden reprimir su alegría. En cuanto al representante del gobernador sólo le falta aplaudir. El Estado y los accionistas se llevan un buen pellizco; pero para mí será la parte del león.

El ataúd había abandonado ya el coche fúnebre.

Una caja de magnífica madera con adornos dorados. Forrada en fibra Lycran. Más suave que el terciopelo.

El panteón estaba formado por cinco columnas de mármol que dibujaban un pentágono. Un mecanismo hizo deslizar la pesada losa.

El ataúd fue depositado sobre una plataforma móvil. El empleado de la funeraria esperó la orden para hacer deslizar la caja.

El silencio era total.

Hayley y Edward Baxter los más próximos al ataúd. Tras ellos el representante del gobernador, los altos ejecutivos de la Browne & Baxter Industries…

Una cámara de televisión filmaba la escena que luego sería reproducida por las emisoras oficiales.

Hayley Browne hizo una seña.

El empleado de las pompas fúnebres accionó el dispositivo.

La plataforma deslizante funcionó llevando consigo el ataúd que fue engullido por la abierta fosa. Acto seguido la losa se cerró de

nuevo sepultando así a Harry Browne.

El mecanismo se autodestruyó tal como estaba programado. Protegiendo así el sueño eterno de Harry Browne. Para abrir la fosa ahora se tendría que violentar.

La ceremonia había concluido.

Hayley y Baxter fueron los últimos en retornar al auto.

—Buen bocado para los gusanos —murmuró Hayley, dirigiendo una postrera mirada al panteón.

Aquellas palabras casi hicieron brotar la carcajada en Edward Baxter.

Ignoraba que iban a resultar proféticas.

Sí.

Los gusanos esperaban impacientes a Harry Browne.

CAPÍTULO VI

Ralph Starret saboreó el brandy. A pequeños sorbos. Un magnífico y añejo francés milagrosamente disponible en el restaurante del Gurney Hotel. Era el perfecto colofón para la cena.

—Y eso es todo, Ralph. La tal Juliet Milland se despidió voluntariamente. Sólo cuatro días al servicio de los Browne.

—¿Por qué se fue?

Geoffrey Curtis atrapó la copa de brandy.

La vació de un solo trago. Como si se tratara de vulgar alcohol de 96 grados perfumado.

—El carácter de Hayley Browne es difícilmente soportable. Durante su estancia en Knox City cambia con frecuencia de servicio. Juliet sólo aguantó cuatro días. El día de la muerte de Harry Browne fue el peor de todos. Hayley estaba en una de sus crisis. Arrojó el café al rostro de Juliet. Más que suficiente para que abandonara la casa.

—Puede que fuera eso lo que deseaba Hayley. Quedarse sola. Sin testigos.

—Esos mismos desplantes los sufrieron las anteriores sirvientas, Ralph. Imposible demostrar que provocó deliberadamente el despido de Juliet.

—¿Qué hay del autocohete?

—Negativo. Nadie vio nada. ¿Cuál es tu hipótesis?

Starret encendió un cigarrillo. Entornó los ojos semiocultando sus facciones por la tenue cortina de humo que brotó de sus labios.

—Tengo más de una.

—¿Sospechas de Hayley Browne?

—Sí.

—Sería un gran triunfo demostrar su culpabilidad, Ralph. No sólo por la gratificación que nos correspondería, sino por ahorrar a la Hiller Company el pago de los cinco millones de dólares.

—¿A la Hiller Company o a tu suegro?

Curtis rió divertido.

—Son una misma cosa. Debo proteger los intereses de la familia. Ahora soy un simple empleado, pero el estar casado con la hija de Hiller encierra muchas posibilidades para el futuro. Algún día yo dirigiré la compañía, ¿verdad, Ralph?

Starret se estremeció sólo de pensarlo.

—Seguro.

—Te nombraré jefe de la Unidad de Investigación. Con un sueldo fabuloso.

—Muchas gracias, Geoffrey.

—¿Cómo demostraremos la culpabilidad de Hayley Browne?

—Eso ya es más complicado. Puedo deducir cómo se desembarazó de Harry Browne, pero de ahí a demostrarlo media un abismo. Debió contar con la ayuda de un cómplice.

—¿Edward Baxter?

—Es el sospechoso ideal, pero presenta coartadas irrefutables. Se despidió de su socio en la Browne & Baxter Industries. Un avión Sunbeam le llevó a San Francisco donde le esperaba un tal Clive Wilder para celebrar una entrevista.

—Me parece haber leído en el dossier suministrado por nuestra Unidad de Investigación que Edward Baxter y Clive Wilder son viejos amigos.

Starret fijó la mirada en su compañero. Sorprendido de su sagacidad.

—Cierto, Geoffrey. Si Baxter es nuestro hombre pudo contar con la complicidad de Wilder y sobornar al piloto. Este aterrizó a pocas millas de la Browne & Baxter Industries. Edward Baxter tomó un autocohete y se presentó en el bungalow de Knox City liquidando a su socio y retornando acto seguido al lugar donde le esperaba el piloto. Desgraciadamente en el Gran Heliódromo de San Francisco no hay registro de la llegada. Disponen de estacionamiento privado. Pueden despegar y aterrizar sin mediar contacto con la Torre de Control.

—¿Por qué no centramos nuestras investigaciones en esos arbustos semi-quemados del jardín? Analizándolos podemos determinar cómo fueron origina-dos. Los modelos actuales de autocohetes son tipo standard. Motor-mochila acoplado a la espalda y mandos delanteros de velocidad y dirección.

—Apuesto a que en el bungalow de los Browne disponen de varios autocohetes. Y Hayley puede jurar que fue ella la causante de las quemaduras en aquella zona del jardín.

—Tienes razón...

—También entra en lo posible que Hayley Browne sea inocente. Mañana, tras una visita a Edward Baxter, redactaremos nuestro informe para la Unidad de Investigación. La Hiller Company nos dirá si continuamos investigando o se cierra el caso.

—Pagando los cinco millones de dólares.

Ralph Starret sonrió ante el compungido rostro de su interlocutor.

—Parece que salgan de tu bolsillo, Geoffrey. Aún no has heredado la Hiller Company.

Curtis enrojeció.

—No es eso, Ralph. Encuentro algo turbio en la muerte de Harry Browne. Las bañeras antideslizantes y sin bordes peligrosos, señalan un índice de accidentes muy bajo. Máxime en viviendas superlujosas.

—No seas absurdo. En el lugar más perfeccionado y seguro puede

acontecer un accidente mortal.

—Lo absurdo es morirse en una bañera. A Harry Browne le ayudaron a morir. Hayley y alguien más.

—Esta mañana, durante el entierro de Harry Browne, pude leer en los rostros de algunos de los asistentes. Ninguno de ellos parecía sentir la muerte de Browne. Todo lo contrario. No gozaba de muchas simpatías.

—El aparecer el cadáver en el bungalow limita el número de sospechosos. Más bien lo centra exclusivamente en Hayley Browne.

—Puede que estemos dando palos de ciego, Geoffrey; pero es nuestro trabajo. Empiezo a compartir tus primeras impresiones. La Hiller Company tendrá que pagar. Ningún indicio de que la muerte de Harry Browne no fuera accidental. ¿Por qué diablos tenemos que pensar siempre mal?

—Tú lo has dicho, Ralph. Es nuestro trabajo.

—Desagradable. Las bellezas como Hayley son hechas para el amor. No para matar.

—Opino que Harry Browne fue asesinado.

—Podemos descubrir el asesinato de Harry Browne sin que ello implique la participación de Hayley. Y la Hiller Company se vería obligada a pagar igual-mente. La póliza engloba la muerte violenta siempre que, por supuesto, no sea originada por el beneficiario. Mañana, tras la visita a Baxter, emprenderemos regreso a San Francisco. Aquí poco tenemos que hacer.

—Tal vez las computadoras de la Unidad de Investigación descubran algo. No trabajamos solos en el caso Browne.

Starret sonrió irónico.

—¡Oh, sí!... Había olvidado las computadoras.

—Nos son de mucha ayuda, Ralph. Infinidad de casos se solucionan sin salir de la Sala de Ordenadores de la Hiller Company. Algún día las computadoras llegarán a reemplazarnos por completo.

—Lo dudo —Starret se incorporó de la mesa terminando su copa de brandy—. Al menos en nuestro trabajo. Debemos bucear en la mente humana hasta descubrir su podredumbre y maldad. Las máquinas jamás podrán calibrar la ambición, el odio y demás vicios del ser humano.

—¿Adónde vas, Ralph?

—A dormir.

—Yo tomaré otra copa y luego telefonearé a Esther. Debo hacerlo todas las noches, ¿sabes? Esther no dormiría tranquila sin mi acostumbrada llamada. Nos queremos mucho.

—Maravilloso.

—Sí, Ralph. Tú también deberías casarte.

—Pienso hacerlo cuando encuentre un mirlo blanco como Esther

Hiller. Hasta luego, Geoffrey.

Ralph Starret abandonó el restaurante encaminando sus pasos hacia la sala de recepción del Gurney Hotel.

Cuando se disponía a solicitar la ficha de su habitación vio a la muchacha salir de uno de los elevadores.

Parpadeó sorprendido.

—¡Rosemary!

La joven se detuvo unos instantes. También su rostro denotó sorpresa. Sonrió acudiendo junto a Starret.

—Hola, Ralph. ¿Qué haces aquí?

—Eso te pregunto yo. Jamás hubiera imaginado encontrarte en Knox City. ¿Un trabajo de la A.P.L.?

—Correcto. La Associated Press International me ha desplazado para la realización de un exhaustivo reportaje en torno a la Browne & Baxter Industries. Los dictatoriales métodos de Harry Browne eran muy criticados. Quiero analizar su figura, la del nuevo y absoluto propietario Edward Baxter, sistema y condiciones de trabajo, encuestas a los empleados... Ya conoces el procedimiento.

—Seguro. Los artículos con tu firma pueden hundir o encumbrar cualquier industria.

—Sólo la verdad, Ralph. Ocurre que la mayoría de las veces, aun en nuestra sociedad de audaz tecnología, resulta desagradable. ¿También estás aquí por, la muerte de Harry Browne?

—Sí.

—Muy importante debe ser para que la Hiller Company envíe al mejor de sus sabuesos.

Starret entornó los ojos.

Fijos en la mujer.

Rosemary Greene contaba veinticuatro años de edad. Rostro oval. Pelo castaño, corto, recogido en moderno peinado. Bellas facciones, aunque tal vez demasiado frías. Aquella falta de expresión era desmentida por el brillo de sus ojos. Muy intenso. Devorador. Reflejando una vorágine de dispares senti-mientos. Su boca era grande, de labios gordezuelos invitadores a ser una y mil veces besados.

Su grácil cuerpo carente de exuberantes formas, aunque sí delineando la curva de unos erectos y perfectos senos, una flexible cintura y la suave redon-dez de las caderas.

Lucía una túnica griega con pronunciado escote en «V» hasta la cintura. La falda a mitad del muslo. Cinturón con dos cartucheras-monedero. Zapatos plataforma con tiras de piel que se entrelazaban hasta la altura de la rodilla. Completaba su vestimenta con una mini capa.

—Me guardas rencor, ¿verdad, Rosemary? Nuestro último

encuentro no fue del todo amistoso.

—Te equivocas, Ralph. Precisamente nos despedimos como dos buenos amigos. ¿No lo recuerdas?

Se miraron a los ojos.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Fui un estúpido.

Rosemary rió en cantarina carcajada. Los cascabeles de su garganta, en aquella alegre risa, estremecieron a Starret.

—¿Me invitas a una copa, Ralph? Me disponía a dar un corto paseo por Knox City. Acabo de llegar.

Se encaminaron hacia la salida.

La muchacha se aferró al brazo derecho de Starret. La Bay Avenue, donde se hallaba emplazado el Gurney Hotel, era el centro de diversión para Knox City. A izquierda y derecha de la ancha calle se alineaban hoteles, discotecas, salas de juego, night-clubs, espectáculos...

Multicolores anuncios rivalizaban en destellantes acrobacias de electro-luminiscencia. Era la única zona de la ciudad donde reinaba cierta animación. Muchos de los que habían acudido al entierro de Harry Browne decidieron pernoctar en la ciudad.

Ralph Starret seleccionó uno de los night-clubs que le parecieron menos ruidosos.

El mayordomo del local, a indicación de Starret, les condujo a una de las mesas más distanciadas de la pista.

Coincidieron al solicitar un «Quick», aunque el de Starret con doble dosis de vodka.

—¿Cuándo fue la última vez, Rosemary? ¿Un año?

—Un año, dos meses y cinco días.

—Fui un estúpido —repitió Starret.

—No, Ralph. Ese calificativo me corresponde a mí. Era demasiado ingenua. Dediqué mi juventud totalmente al estudio. Fue precisamente al concluir mi última licenciatura cuando nos conocimos. Tú fuiste el primero en abrirme los ojos a la realidad. En mostrarme la verdadera naturaleza del ser humano y la imperfección de nuestra sociedad. Unos conocimientos muy distintos a los que me fueron proporcionados en los Centros de Estudios Programados del Estado. En mi deambular por los distintos grados del C.E.P.E. sólo se me mostró el lado positivo. Al nacer, y sometida al obligado control de futura inteligencia, se me concedió el alto honor de una beca en los C.E.P.E. Desde mi infancia hasta los veintidós años de edad he estado controlada por los C.E.P.E. Asimilando falsas doctrinas. Hasta llegar a descubrir una sociedad injusta y que yo consideraba perfecta, el ser humano ya carente de sentimientos merced a una alienación masiva y programada...

—Estaba equivocado, Rosemary. Yo no...

—Era mío el error, Ralph —interrumpió la muchacha—. Ahora

lucho con todas mis fuerzas, en una guerra vana y absurda, contra todo lo que me fue inculcado. Denuncio la corrupción de nuestros gobernantes, las diferencias de clases y explotación del ser humano, la alienación a que somos sometidos... El C.E.P.E. ha borrado mi nombre e invalidado mis títulos. Es mi primer triunfo. Tú no puedes comprenderlo, Ralph. Hace más de un año, cuando nos conocimos, esperaba impaciente oír de tus labios unas palabras de amor. Aunque fueran fingidas. Pero tú eras uno más de ellos. Otro autómata carente de sentimientos.

—Tuve miedo de pronunciar esas palabras, Rosemary.

—¿Miedo? ¿De qué? El matrimonio ya no encadena, Ralph. Es un vulgar contrato con cabida para infinitas cláusulas y condicionamientos.

»¿Cómo lo deseas? ¿Temporal, con fecha fija? ¿A elección de cualquiera de los contrayentes? ¿Con posibilidad de poligamia? ¿Comunitario?...

»¿De qué tenías miedo, Ralph? ¿La responsabilidad de unos hijos? Se pueden conseguir en laboratorios y luego ceder a los C.E.P.E.

—Ya basta, Rosemary.

La joven inclinó la cabeza.

—Tienes razón... Perdona, Ralph. Soy injusta. Tú en nada rompes el molde. Soy yo la que debo cambiar. Quedaron en silencio.

El speaker del local saltó a la pista para anunciar con énfasis el inicio del número fuerte del programa.

El electrostriptease.

Se procedió a la subasta de los mandos-control. Poco más tarde se oscurecía el local para destacar el amarillento rayo de luz enfocando a la mujer. Una mulata.

Joven.

Lucía un corto vestido formado por metálicas piezas geométricas unidas entre sí.

Las planchas de la pista se tornaban rectangulares, espejos reflejando todos los movimientos de la mujer. Comenzó a danzar.

Con marcada sensualidad en su cuerpo de esbeltas y exuberantes curvas. Siguiendo un cadencioso ritmo.

Un individuo de cabeza rapada fue el primero en pulsar el mando-control adquirido.

Aquello hizo saltar la hombrera izquierda de la mulata. Paulatinamente, pieza a pieza, fueron cayendo los metálicos componentes del vestido femenino.

La bailarina quedó con dos diminutos discos dorados sobre el busto y un triángulo metálico a modo de slip.

—¿Nos vamos, Ralph?

—Sí...

Abandonaron el night-club.

Rosemary, en la recepción del Gurney Hotel, se apoderó de la ficha de su habitación mientras Starret la esperaba junto al tubo-elevador.

—¿Cuál es tu habitación, Ralph?

—Número 714. La comparto con un compañero de la Hiller Company. Creo que le conoces. Geoffrey Curtis.

La muchacha sonrió.

—Por supuesto que conozco al bueno de Geoffrey. También yo estoy en la planta siete. Habitación 703.

Starret no hizo ningún comentario.

El tubo-elevador les depositó en la planta siete.

Avanzaron por el corredor hasta llegar a la puerta señalizada con el número 703.

Se miraron a los ojos.

Starret atrapó a la joven por los hombros atrayéndola contra sí. Buscó los labios femeninos. Ávidamente. Besándolos con pasión.

—Rosemary…

La muchacha le rechazó.

—Buenas noches, Ralph.

Rosemary introdujo la ficha en el pomo de la puerta. Esta se abrió automáticamente permitiendo el paso de la mujer.

La hoja se cerró de nuevo.

Ralph Starret quedó unos instantes inmóvil. Lentamente giró siguiendo por el largo corredor.

Al llegar a la habitación 714 accionó el pomo. La puerta, sin el mecanismo de cierre incorporado, cedió. En la antesala encontró a Geoffrey Curtis.

—Te hacía ya roncando, Geoffrey.

—¡Ralph! —Curtis, sentado en uno de los sillones, se incorporó de un salto—. ¡Ha ocurrido algo espeluznante!

—¿De veras?

Starret pasó al dormitorio.

Indiferente a la visible excitación de su compañero.

—¡Un gusano, Ralph! ¡Un enorme y gigantesco gusano! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—No lo dudo. Fue al mirarte en el espejo, ¿verdad? Sí… Todos somos unos gusanos.

—¡Hablo en serio, Ralph! Yo estaba en el balcón… El gusano subía por la fachada… Era monstruoso… Su cilíndrico cuerpo tenía el espesor de mi brazo, una yarda de largo, dividido en viscosos anillos con cirros tentaculares, los ojos en el segundo segmento…

—Llama a recepción, Geoffrey. Que se esmeren más en la desinfección de las habitaciones. Y ahora déjame en paz.

—¡Le vi, Ralph!

—¡Vete al diablo! ¡Estoy harto de tus estupideces!

—Yo no…

Ralph Starret pasó al dormitorio contiguo cerrando bruscamente tras de sí.

Geoffrey Curtís desvió la mirada hacia el ventanal del balcón. Tragó saliva.

No podría pegar ojo en toda la noche, aunque no sería el único. Aquélla iba a ser una noche de pesadilla para Knox City.

CAPÍTULO VII

Hayley Browne dormía plácidamente. Un sueño pausado y tranquilo.

Ajeno a todo remordimiento.

El brazo derecho de Hayley extendido. La sábana sólo le cubría hasta la cintura. Los senos femeninos subían y bajaban en acompasado respirar.

Reinaba un absoluto silencio en el bungalow.

Todas las dependencias de la casa dotadas de sistema aislante impedían la llegada de molestos ruidos del exterior.

Hayley no se encontraba sola en la habitación. A poca distancia del lecho estaba..., aquello.

De una yarda de longitud. Del grosor de un brazo humano. Como un desproporcionado anélido.

Sí.

Como un gigantesco gusano.

De cuerpo blanquecino. Segmentado. Formado por una serie de anillos colocados unos a continuación de otros y llevando a cada lado sendas protube-rancias de donde brotaban infinidad de diminutas patas. En el segundo seg-mento de su blando cuerpo se situaban los ojos y la boca. En la parte delantera, antenas tentaculares que parecían servirle de órganos sensoriales táctiles.

Avanzó por el suelo. Contrayendo su viscoso cuerpo.

Dejando tras de sí una repulsiva mancha de baba que rezumaba de los orificios ventrales de sus segmentos.

Llegó junto al circular lecho.

Hayley continuaba en el más profundo de los sueños. De estar despierta tampoco se hubiera percatado del sigiloso avance del monstruoso ser.

Pero algo hizo abrir los ojos de la mujer. Sobresaltada.

Percibiendo una extraña sensación de humedad en su brazo derecho. Quedó sentada en el lecho. Sin reaccionar. Acariciando su desnudo brazo. Tendió la diestra para accionar el interruptor próximo que incrementó la electroluminiscencia de las paredes.

Y fue entonces cuando lo descubrió. Allí.

A su lado.

El cuerpo contráctil había reducido considerablemente su tamaño. Semioculto bajo la sábana. Al borde del lecho. Con los tres segmentos delan-teros alzados. Fijando los ojos en Hayley. Tendiendo hacia ella sus tentáculos...

El alarido de Hayley fue desgarrador.

Saltó del lecho presa del terror. Sin cesar de gritar. Se precipitó hacia la puerta.

Apenas abandonar el dormitorio tropezó. Algo se había enroscado en sus tobillos.

Un segundo anélido semejante al que descubriera en el lecho.

El mismo terror hizo reaccionar a Hayley. Se agitó pugnando por librarse de aquel viscoso monstruo. Lo aferró con sus manos sintiendo el palpitar de aquel cuerpo blando que se contraía al contacto.

Logró zafarse de él.

Hayley gateó desesperadamente hasta conseguir incorporarse.

Se detuvo antes de llegar al living. Allí había dos anélidos más. Cerrándole el paso.

Y en el salón…

Hayley se llevó ambas manos a la garganta iniciando un infrahumano alarido. Desencajando su rostro en una mueca de indescriptible terror.

En el salón había una veintena de ellos. Unos sobre otros. Cubriendo el suelo. Por las paredes y muebles. Rezumando aquel pegajoso líquido que brotaba de sus orificios ventrales.

Pero no fue aquello lo más espeluznante para Hayley. Desde el centro del salón le sonreía el difunto Harry Browne.

CAPÍTULO VIII

La espeluznante visión de aquellos gigantescos gusanos reptando por la estancia, junto con la fantasmal aparición de Harry Browne; fue más que suficiente para que Hayley se desvaneciera presa del terror.

Cuando abrió de nuevo los ojos se encontraba en el sofá del salón.

No.

No había sido una pesadilla.

Aquellos monstruosos seres continuaban allí. Rodeándola. Deslizando sus viscosos cuerpos segmentados, dejando tras de sí un aglutinante líquido de nauseabundo hedor, con sus frágiles patas que se aferraban como ventosas...

Y Harry Browne.

En el medio de ellos. Sonriente.

—Hola, Hayley. Volvemos a encontrarnos.

La palidez de Hayley era cadavérica. Con la boca entreabierta y labios bal-buceantes. Las temblorosas manos a la altura de la garganta.

—No..., no...

—Tranquilízate. No vengo del más allá. Yo mismo ignoro lo ocurrido. Sé que estoy muerto, pero..., ellos han utilizado mi cuerpo. Cumplo sus órdenes.

Hayley contempló con desorbitados ojos a los monstruosos seres que pulu-laban a su alrededor.

Harry Browne rió. Guturalmente.

—Son gusanos, Hayley. Vulgares gusanos de tierra. Asombroso, ¿verdad? Proceden de la explosión subterránea del Underjump. Puede que los científicos investigaran la creación de nuevos seres. Ya se hizo con injertos de plantas expuestas a radiaciones gamma, originando ramas anormales que propor-cionaron nuevos tipos de frutos. Tal vez los científicos de la base nuclear Underjump crearan estos deformes seres o surgieran por mutación después de la violenta explosión subterránea que destruyó la base termonuclear. Jamás conoceremos la verdad. Pero ellos dominan mi cuerpo ahora, Hayley. Sirvo de morada a una de sus larvas. Por un corto espacio de tiempo. Una semana como máximo. Yo proporciono el alimento necesario a esa larva. Como el feto en el seno materno. Dentro de una semana poco quedará de mi cuerpo, pero la larva se habrá transformado en uno de ellos.

Harry Browne señaló hacia los gigantescos gusanos que parecían escuchar atentamente sus palabras. Tendiendo hacia él sus antenas sensoriales.

Prosiguió:

—Son superiores al centenar, pero el número de larvas que

necesitan cobijo y alimento es ilimitado. Deben ser depositados en cuerpos humanos. Los anélidos permanecían en las proximidades del Valle de la Muerte. Bajo tierra. Dominando una vasta extensión. Al ser enterrado allí me recibieron con gran entusiasmo. En mi voluminoso cuerpo almacenarían una de las larvas y yo les serviría de guía. Dentro de una semana seré devorado por completo y surgirá un gusano semejante a los que ves ahora a tu alrededor.

—No es posible…, no es posible —tartamudeó Hayley con gran esfuerzo—. Es una pesadilla…

Browne ignoró las palabras de la mujer.

Siguió hablando. Con el cuerpo rígido. Como el de un autómata.

—Me han designado a mí para que les proporcione refugio y alimentos. Se multiplican de forma, extraordinaria y, lo que es más asombroso, su tamaño aumenta día a día considerablemente. Debo protegerles hasta que alcancen su total desarrollo. Entonces serán invencibles. Dueños de la Tierra. Los millones de habitantes del planeta les servirán de sustento. El principal problema es mantenerlos ocultos. Aquí hay una veintena aproximadamente. Permanecerán en el sótano del garaje. Tú les proporcionarás alimento. Será sencillo. Sólo tienes que conducir a las víctimas hasta la trampilla del sótano. Ellos se encargarán del resto.

—¡Jamás haré tal cosa! Si es cierto cuanto dices debemos exterminarles, Harry. Evitar que…

—No seas estúpida. Yo soy ya uno de ellos. En una semana, tras alimentarse de mi cuerpo, la larva sufrirá la metamorfosis que la convertirá en uno de los gigantescos gusanos. Al igual que tú, Hayley. Te he elegido como portadora. Es un gran honor.

El terror se acentuó en Hayley.

—No…, no puedes hacer eso… Tú me amas, Harry…

—No comprendes nada, Hayley; absolutamente nada —sonrió Browne—. Yo estoy muerto. Harry Browne murió en la bañera, ¿no recuerdas? Ahora estoy dominado por ellos. Son los dueños de mi cuerpo y de mi mente. Rencor, venganza, amor… Los muertos carecemos de sentimientos, Hayley. Soy un vulgar sirviente de estas extrañas criaturas. Vamos a protegerles, Hayley. Ya he madurado un plan de acción. Knox City será nuestro principal refugio. El lugar de lanzamiento para la gran invasión posterior. Joseph Gurney, propietario del Gurney Hotel, ya es uno de los nuestros. Almacena en su interior una de las larvas. La Browne & Baxter Industries es un buen lugar para ocultar parte de los gusanos. Ahora voy en busca de Edward Baxter. La fábrica será el cuartel general. Todos sus empleados, uno a uno, serán nuestras víctimas.

El miedo y la desesperación hicieron reaccionar a Hayley. Se incorporó del sofá con rapidez.

Realizó un acrobático salto intentando esquivar aquella pultácea masa que rodeaba el sofá.

Lo consiguió.

Sus desnudos pies se posaron fuera de la alfombra. Perdió el equilibrio, pero continuó gateando angustiosamente hacia la salida.

Harry Browne nada hizo por cerrarle el paso. Fue en el corredor.

Uno de los gusanos se abalanzó sobre Hayley. Con la agilidad de una serpiente de cascabel. Su cilíndrico y contráctil cuerpo se enroscó en torno a la cintura de la mujer.

Acudieron dos anélidos más. Inmovilizando por completo a Hayley.

Las antenas tentaculares se posaron como ventosas sobre el cuerpo femenino.

—Mañana continuaremos nuestra conversación, Hayley —murmuró Browne con voz infrahumana—. Juntos estudiaremos la forma de adueñarnos por completo de Knox City para luego proceder a la invasión de San Francisco, Los Ángeles, Sacramento... Tenemos mucho trabajo por hacer. Tú debes pro-porcionar alimento a los que quedan bajo tu cuidado.

Hayley no respondió.

Tenía el rostro amoratado. Los ojos desorbitados y la lengua asomando por entre los labios.

Estaba muerta.

CAPÍTULO IX

Ralph Starret estaba acomodado en el sofá de la antesala. Absorto en la lectura del California Express. No se percató de que la puerta de la habitación se entreabría levemente.

—Hola, Ralph...

Starret dio un respingo.

Parpadeó sorprendido por la presencia de la muchacha.

—Rosemary...

—¿Puedo pasar?

—Seguro.

Rosemary se aproximó al sofá con una tenue sonrisa en los labios. Sin atreverse a enfrentar sus ojos con los de Starret.

—Me he cruzado con Geoffrey. Al preguntarle por ti me proporcionó la ficha de tu habitación. Quiero pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer. Me comporté como una chiquilla. ¿Me perdonas, Ralph?

—Rosemary...

Starret la abarcó por la cintura. Atrayéndola contra sí. Obligándola a sentarse en el sofá junto a él. Reclinó a la muchacha sobre el tapizado a la vez que buscaba ansioso los labios femeninos.

Rosemary le aceptó.

Correspondió a las caricias entrelazando sus brazos tras el cuello de Starret.

Fueron largos y apasionados besos repetidos hasta la saciedad.

—Rosemary..., nunca te he olvidado..., jamás..., siempre te he...

La joven posó el dedo índice en los labios de Starret.

Sellándolos.

—No, Ralph..., no digas algo que más tarde puedas lamentar... Ninguna palabra ni promesa.

—Jamás lamentaré quererte, Rosemary.

—¿Conoces el significado de la palabra amor, Ralph?

—Lo he descubierto en tus ojos.

La muchacha se incorporó rechazando con cantarina carcajada los brazos de Starret.

—Tú no has cambiado nada, Ralph. Cínico, embustero y dotado de mucha labia.

—No me conoces bien.

—Te conozco demasiado.

La puerta había quedado entreabierta.

El carraspear de Geoffrey Curtis se inició mucho antes de que apareciera en la antesala.

—¿Molesto?

Starret le fulminó con la mirada.

—Nada de eso, Geoffrey. Tú siempre eres muy oportuno.

—Tenemos el auto a la puerta.

Ralph Starret penetró en el dormitorio reapareciendo a los pocos minutos ajustando su chaqueta. Fugazmente quedó visible la funda sobaquera donde reposaba un revólver «Strahl» de fabricación alemana.

—Voy a la Browne & Baxter Industries, Rosemary. ¿Me acompañas?

—Ese es también mi destino.

—Perfecto. Tú te quedas en Knox City, Geoffrey. Acude al bungalow de los Browne y controla todos los movimientos de Hayley y cuantas visitas reciba. Te recogeré después de mi conversación con Baxter.

—De acuerdo, Ralph.

Starret y la muchacha abandonaron la estancia avanzando por el corredor en dirección a uno de los tubo-elevadores exteriores del Gurney Hotel.

Minutos más tarde se hallaban instalados en el aerodinámico «Shadow».

Rosemary mantenía en sus labios una divertida sonrisa.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Starret, iniciando la marcha del vehículo.

—Geoffrey. Me resulta muy simpático. Debe ser un caso muy importante para que Hiller te conceda la valiosa colaboración de su yerno.

—Muy graciosa. Geoffrey es desconcertante. Tan pronto te suelta un razo-namiento lógico y certero, como te irrita afirmando haber visto un gusano gigante trepar por la fachada del Gurney Hotel.

—¿Un qué?

—Sí, Rosemary. Un gusano gigante.

La joven rió de nuevo, en alegre carcajada.

El «Shadow» ya dejaba atrás las últimas casas de Knox City enfilando la autopista que conducía a la Browne & Baxter Industries.

—No resulta divertido, Rosemary. Tampoco lo será para la Hiller Company. Ningún indicio que haga dudar de la muerte accidental de Harry Browne.

—Las compañías de seguros siempre tan reacias a pagar. Buscan un asesinato donde hubo mero accidente, incendio provocado en fortuito siniestro…

—En este caso existía un sospechoso ideal. La viuda, Hayley Browne. Joven, hermosa, matrimonio S.P.D. para ella…

—Y Harry Browne el polo opuesto. Viejo, miope y adiposo. Sí…

Cualquiera en lugar de Hayley no dudaría en enviarle al más allá.

—Para desembarazarse de un individuo de la corpulencia de Harry Browne es necesaria mucha fuerza. Hayley estaba sola en la casa. Al menos no podemos demostrar lo contrario.

—Comprendo tu visita a Edward Baxter. Cómplice idóneo para Hayley.

—Ajá. Edward Baxter se queda con la totalidad de la fábrica textil y Hayley se libra de su marido recibiendo además cinco millones de dólares.

—¿Dónde estaba Baxter en el momento de la muerte de su socio?

Starret ahogó un suspiro.

—En San Francisco. Con testigos.

—Entonces no comprendo tu visita a Baxter. ¿Te gusta perder el tiempo?

—Debo ganarme el sueldo, pequeña. Presentaré un amplio informe a la Hiller Company y ellos decidirán.

Ya divisaron la fábrica.

En el control de entrada, tras identificarse y comunicar el motivo de la visita, se les proporcionó una rectangular placa plástica.

Starret estacionó en el aparcamiento.

—¿Qué vas a hacer tú, Rosemary?

—Presentarme en el Departamento de Relaciones Públicas. Ya he anun-ciado con anterioridad mi visita. Recorreré las salas del personal, condiciones de trabajo, instalaciones de recreo...

—Supongo que yo terminaré antes. ¿Te espero en el snack de la planta baja?

—Okay.

Un individuo acudió al «Shadow» cuando sus dos ocupantes ya habían abandonado el vehículo.

—¿Señorita Greene?

—Sí, yo soy.

—Mi nombre es James Patten —dijo el individuo con leve inclinación de cabeza—. Jefe de Relaciones Públicas. Seré su guía.

—Muy amable. ¡Hasta luego, Ralph!

Starret correspondió al jovial saludo de la muchacha mientras contemplaba inquisitivamente al tal James Patten.

Su andar era rígido. Como el de un autómata.

* * *

Ralph Starret consultó por enésima vez la mini pantalla de su reloj digital de pulsera.

Sí.

La entrevista con Edward Baxter había sido breve. Y poco

interesante para la Hiller Company.

Las coartadas presentadas por Baxter eran irrefutables.

—¿Espera a la señorita Greene?

Starret desvió la mirada hacia el individuo que había surgido a su derecha.

El llamado James Patten.

—En efecto.

—Me ruega le informe que ampliará su estancia en Browne & Baxter Industries más de lo previsto. Utilizará uno de los vehículos de la empresa para regresar a Knox City.

—La esperaré aquí. No tengo ninguna prisa. James Patten quedó inmóvil.

Pareció contrariado por la respuesta del detective.

—Si lo desea puede recorrer con la señorita Greene las instalaciones de la fábrica. Le resultará más amena la espera. Se encuentra ahora en la Sección de Almacenamiento. En los sótanos. Cuarto botón del subsuelo.

El individuo se alejó.

De nuevo los ojos de Starret le siguieron con la mirada. Intrigada por aquella rigidez de facciones y movimientos. Un automatismo que también descubrió en Edward Baxter.

Terminó el brandy.

Se llevó un cigarrillo a los labios mientras descendía del taburete.

Sí.

Resultaría más ameno estar con Rosemary.

Ralph Starret se introdujo en uno de los elevadores. Los pulsadores que correspondían a las plantas subterráneas eran rojos. Presionó el cuarto y último de ellos.

La cabina se detuvo con suavidad.

El detective se encontró frente a una espaciosa sala.

Una azafata de recepción se acomodaba ante las oficinas de administración de entrada y salida de mercancías.

Dedicó a Starret una fría sonrisa.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

—Busco a la señorita Greene, de la Associated Press International. Está recorriendo las dependencias de…

—Ah, sí. En estos momentos se encuentra en la Sala de Depósitos. La última puerta del pasillo de la izquierda.

—Gracias.

Ralph Starret se encaminó por la dirección indicada. La puerta de guillotina se abrió automáticamente.

En la denominada Sala de Depósitos se almacenaba ordenadamente la mercancía ya embalada y lista para su envío al exterior. En descomunales estanterías de sistema deslizante. Las cuatro

pistas transportadoras permanecían inmóviles.

La nave desierta. Ningún operario.

Ralph Starret dudó en quedar junto a la entrada o adentrarse por la espaciosa sala.

Fue entonces cuando escuchó la voz femenina. Muy débil. Los golpes contra la puerta le orientaron.

Starret cruzó la sala en diagonal. En dirección a una rectangular y baja compuerta. Hizo girar el volante del cierre abriendo la pesada hoja.

Se encontró frente a Rosemary. Nerviosa y excitada.

—¡Ralph!...

Starret sonrió.

—Ya podía esperarte. ¿Qué diablos haces ahí dentro?

—James Patten me dijo que por esta compuerta final saldría a la Sección de Envíos; pero al llegar al de la escalera me encontré ante una sala sin salida. Allí se almacenan unas cajas que despiden un nauseabundo hedor. Retrocedí de nuevo con la sorpresa de que habían cerrado la compuerta.

—Un lamentable descuido del tal Patten.

—¿Cerrando la puerta o indicando un lugar sin salida? Se comportaba de una manera extraña. No me gusta que...

Rosemary se interrumpió trazando una semicircular mirada por la estancia.

—¿Ocurre algo, Rosemary?

—¿Dónde está el personal? Hace unos minutos había una docena de hom-bres en esta misma sala y las cuatro pistas transportadoras funcionaban a pleno rendimiento.

—Cuando yo llegué no había nadie.

—En fin... Nos vamos, Ralph —decidió la muchacha—. No me agrada la Browne & Baxter Industries. ¿Cómo has decidido acudir a mi encuentro?

—James Patten me transmitió tu mensaje a la vez que me invita a reunirme contigo.

Rosemary movió repetidamente el abanico de sus largas pestañas.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

—Pues..., tu demora. Que podía marcharme, ya que prolongarías tu visita a la fábrica.

—Yo no le he dicho semejante cosa, Ralph.

Estaban junto a la puerta de salida.

—Es extraño... ¿Por qué mintió? Recuerdo su reacción. Al responderle que no me importaba esperar, fue cuando sugirió que fuera a tu encuentro. Vamos a...

Starret enmudeció al ver que la puerta de guillotina no se alzaba. Presionó con más fuerza la plataforma. Con ambos pies.

—No funciona.

—¡Oh, Ralph…!

—Tranquila, pequeña. Una vulgar avería en el automático. La caja de cierre manual de emergencia debe estar por aquí…

Starret retrocedió buscando la caja de seguridad obligatoria en todas las puertas automáticas.

Ni rastro de ella.

Súbitamente un desgarrador alarido brotó de Rosemary. Ralph Starret giró sobresaltado.

No necesitó preguntar qué motivaba el grito de la muchacha. Tampoco Rosemary le hubiera respondido. Estaba muda de terror. Con el rostro demudado y la mirada fija en la abierta compuerta del fondo.

Starret también palideció. Presa de asombro y terror.

Un gigantesco gusano casi taponaba con su cuerpo la anchura de la com-puerta. Un enorme anélido de espesor próximo a la yarda de diámetro. Avan-zaba moviendo las cerdas quitinosas situadas a ambos lados de su segmentado cuerpo. Sus órganos sensoriales táctiles enfocados hacia adelante. Unos dimi-nutos ojos fijos en Starret y Rosemary. El segundo bucal entreabierto y dejando escapar un pegajoso líquido.

Dejó atrás la compuerta.

Su cuerpo contráctil, al extenderse, llegaba a alcanzar una longitud de tres yardas.

Avanzó hacia los paralizados Starret y Rosemary. No estaba solo. Tras él, por la compuerta, un segundo anélido asomó su monstruosa cabeza. Moviendo las antenas sensoriales. Olfateando la presa.

CAPÍTULO X

Rosemary comenzó a golpear desesperadamente la puerta de guillotina. Gritando histérica.

La reacción de Starret fue más positiva.

Llevó su diestra a la funda sobaquera apoderándose de su «Strahl». Presionó una y otra vez el gatillo.

Apuntando a la cabeza de aquel monstruoso ser.

De los cinco proyectiles esféricos, sólo dos alcanzaron su objetivo. El contráctil cuerpo del gusano pareció sufrir una convulsión, Se enroscó en espiral a la vez que emitía infrahumanos sonidos. Por la parte ventral de cada segmento, en los orificios para excreciones, empezó a vomitar un mucilaginoso líquido pestilente.

El segundo anélido llegó junto a su compañero mientras que un tercero asomaba por la compuerta.

Ralph Starret disparó de nuevo. Nerviosamente.

Sin precisión.

Aturdido por aquella alucinante visión.

No le alcanzó en la cabeza, sino en el tercer segmento de su cilíndrico cuerpo. El gusano acusó el impacto, pero prosiguió el ataque. También el primero de ellos pareció repuesto uniéndose a su compañero.

Rosemary gritaba hasta enronquecer golpeando sus puños contra la metálica puerta.

No había ninguna otra salida.

Sólo aquella compuerta de la que surgían los deformes y ciclópeos gusanos.

—¡Corre hacia las pistas transportadoras, Rosemary! —ordenó

Starret a la vez que manipulaba en el regulador de su «Strahl». Lo acopló a proyectiles dum-dum. Accionó el disparador.

La bala explosiva alcanzó de lleno al primero de los anélidos. Su blando cuerpo se enroscó víctima de convulsiones. Cuatro de los segmentos delanteros calcinados. Pero continuaba con vida. Serpenteando.

Rosemary estaba ya junto a una de las pistas transportadoras. Adivinando las intenciones de Starret trataba de ponerla en funcionamiento.

Eran ya seis los gusanos que cercaban a Ralph Starret. Este no daba descanso al disparador de su «Strahl».

—¡Ya está, Ralph!

Starret, apenas oír el mecanismo de la pista transportadora, se precipitó hacia la muchacha. Se arrojó en acrobático salto empujando

a Rosemary sobre la pista. Aplastándola con su cuerpo.

La plataforma deslizante les introdujo por una circular galería.

Starret percibía el temblar de la joven. Los fuertes latidos de su corazón unidos al suyo. Ignoraban dónde eran conducidos, pero el mismísimo infierno era preferible a la Sección de Depósitos.

La pista transportadora entró en vertical, pero la caída de Starret y Rose-mary fue amortiguada al ser recibidos por una plancha elevadora.

Pasaron ante una ventana receptora.

—¡Sujétate a mí, Rosemary! —gritó Starret—. Saltaremos en la próxima ventana.

El montacargas continuó su ascensión.

Se divisó la segunda ventana receptora de mercancía.

—¡Ahora!

Abandonaron la plataforma rodando por suelo firme. Ralph Starret fue el primero en incorporarse. Su diestra aún mantenía aferrado el revólver «Strahl».

—¿Te encuentras bien, Rosemary?

—Sí...

—Creo que estamos en el primer subsuelo. Vamos en busca de los ascensores. Tenemos que...

Unos precipitados pasos interrumpieron al detective.

Por uno de los corredores vio llegar a James Patten. Junto con otro indi-viduo. Ambos portaban rifles de vigilancia tipo «Bottoms».

—¡Ahí están! —vociferó Patten deteniendo su carrera para enfocar el cañón del arma—. ¡Muerte!

Su compañero le imitó.

El estupor de Starret fue menor a la fracción de segundo. Disparó dos veces.

Sin percatarse de que la potencia de su «Strahl» estaba adaptada a las balas explosivas dum-dum.

James Patten y su compañero sufrieron el violento impacto. Los proyectiles explotaron en el interior de sus cuerpos arrancando miembros de cuajo y salpicando las paredes con restos humanos.

De entre aquella masa de carne quemada comenzaron a moverse dos extrañas criaturas. De cuerpo blanquecino y amorfo. Recubierto por una mucilaginosa capa.

—Larvas... ¡Son larvas de gusano!... ¡No, Dios mío!... ¡No!...

—Vámonos, Rosemary... ¡Rosemary!

Starret zarandeó violentamente a la muchacha obligándola a reaccionar.

Recorrieron el largo pasillo hasta llegar a una de las salas de recepción. La azafata estaba al frente de la centralita telefónica. Junto con dos hombres más. Conversando animadamente.

Ralph Starret, rodeando con su brazo derecho los hombros de la joven, acudió a uno de los elevadores.

La cabina les depositó en la planta baja del edificio. En el hall principal. Plagado de visitantes y de personal de la Browne & Baxter Industries.

Vieron aparecer a Edward Baxter. Descendía precipitadamente por la gran escalera de El Faro. Se detuvo en el último peldaño. Fijando su mirada en Starret.

—Tenemos que comunicar lo ocurrido, Ralph. Esos monstruos deben ser…

—No aquí, Rosemary.

—¿Por qué? Son un peligro. Tenemos que…

—Echa un vistazo hacia la escalera principal —susurró Starret—. Edward Baxter acaba de aparecer muy precipitadamente. Se ha detenido al vernos. Nos pondremos en contacto con el sheriff de Knox City. Ignoro qué diablos ocurre en la Browne & Baxter Industries y el origen de esos monstruosos anélidos; pero la reacción de James Patten nos obliga a actuar con cautela.

Abandonaron el edificio.

En dirección al aparcamiento.

Minutos más tarde el «Shadow» enfilaba veloz hacia la salida del amurallado recinto.

Edward Baxter les seguía con la mirada desde uno de los ventanales del edificio.

Un individuo se aproximó lentamente. Con rígido andar.

—Patten y Sidney ya han dejado de sernos útiles. Les he reemplazado por dos azafatas de la Sección de Administración de Almacén. Se puede decir que todo el personal de esa zona está ya bajo nuestro poder.

—¿Qué hay de nuestros compañeros?

—Se les está enviando alimento continuamente.

—¿Alguna sospecha?

—Aún no, pero pronto empezarán. Son ya una veintena los que han sido devorados. La desaparición intrigará al restante personal, aunque de poco les servirá. Continuaremos nuestro avance. Antes de la noche, los que no hayan servido de alimento, estarán a nuestras órdenes.

—Tenemos poco tiempo. El tamaño de nuestros compañeros aumenta considerablemente minuto a minuto. La Browne & Baxter Industries pronto será insuficiente para albergarles. Esta misma noche se iniciará el avance hacia Knox City.

—Starret y la muchacha han escapado. Baxter esbozó una sonrisa.

—Me he comunicado extrasensorialmente con Harry Browne. Él está en Knox City realizando una eficaz labor. Junto con Hayley, con

Gurney y otros más. No han descansado en toda la noche para proporcionar cobijo a nuestras larvas. Son ya legión los muertos vivientes de Knox City que albergan larvas. Ellos se encargarán de recibir adecuadamente a Ralph Starret y a su compañera.

* * *

—¿Cómo puede haber sucedido, Ralph? Starret succionó nerviosamente el cigarrillo.

—Lo ignoro. Son semejantes a gusanos. Es como si hubieran sufrido una transmutación. ¿Cómo fue originada? ¡Dios lo sabe!... Lo realmente sorprendente es la intervención de James Patten y el otro individuo. Nos dejó deliberadamente a merced de aquellos monstruos.

—Al disparar sobre Patten..., en sus cuerpos...

—Sí, Rosemary. Larvas.

—Santo Dios... Es horrible... Me parece estar viviendo una alucinante pesadilla.

—Terminaremos con ella, Rosemary. El sheriff Boyle comunicará con Unidefensa Nacional desplazando medios suficientes para aniquilar a esas criaturas demoníacas.

El «Shadow» ya circulaba por las calles de Knox City. Enfiló hacia la zona residencial de Barrio Mills.

—Vamos a recoger a Geoffrey —dijo Starret—. El caso Browne ya no nos interesa.

—Ralph...

—¿Sí?

La palidez, constante en el rostro de Rosemary, se acentuó.

—Tú..., habías comentado que Geoffrey vio un gigantesco gusano por la fachada del Gurney Hotel...

—Cierto.

—Eso significa que también están en Knox City. Starret prefirió no contestar.

Descubrieron a Geoffrey Curtis a poca distancia del bungalow de los Browne. Semioculto tras un árbol de la amplia avenida.

Starret detuvo el auto.

—Adentro, Geoffrey!

—Hola, Ralph... Tengo importantes novedades —sonrió Curtis orgulloso.

—¿De veras? Ya me las contarás. Ahora sube.

—Es que...

—¡Obedece, maldita sea!

Curtis se encogió de hombros terminando por acomodarse en el

asiento trasero del «Shadow».

—También nosotros tenemos novedades, Geoffrey. ¿Recuerdas tu gusano?

—¿Mi gusano? ¡Ah!… —Curtis, rió en sonora carcajada. No compartida por sus compañeros—. Olvídalo, Ralph. Sin duda cené demasiado.

—¿De qué tamaño era?

—¿Quién?

—¡El gusano!

—No te burles, Ralph. Y menos delante de Rosemary. Ya he reconocido que fue una alucinación.

Starret, que se disponía a reanudar la marcha del vehículo, giró para enfrentarse con su amigo.

—No estoy bromeando, Geoffrey. Nosotros también hemos visto a unos monstruosos gusanos. De unas tres yardas de largo y una de diámetro.

Curtis continuó sonriente.

—¿De veras? ¡Qué suerte! El mío era más pequeño, ¿recuerdas? Una yarda de largo y del espesor de mi brazo. Sin duda han engordado.

Starret asintió resignado.

—Okay. Cuando escuches lo que voy a decirle al sheriff Boyle entrarás en razón.

—El sheriff está con Hayley.

Starret cortó bruscamente la iniciada marcha del auto.

—¿En el bungalow?

—Sí, Ralph. Lleva ahí más de dos horas.

—¿Estás seguro? No veo el coche del sheriff por aquí…

—Se lo llevó el difunto.

Starret sacudió la cabeza.

—¿El difunto?

—Sí. Esa era mi importante novedad —rió Curtis—. Todo fue un truco para engañar a la Hiller Company y cobrar el importe del seguro. Harry Browne está con vida. Le he visto salir del bungalow y subir al auto del sheriff.

CAPÍTULO XI

Geoffrey Curtís resopló con fuerza.

—No me crees, ¿verdad? Le vi con mis propios ojos, Ralph. Era Harry Browne. El sheriff Boyle estacionó frente al bungalow. Fue recibido por Hayley. Ella le condujo al garaje. Transcurrieron unos treinta minutos. Del garaje salie-ron Hayley y Harry Browne. La mujer penetró en la vivienda mientras que Harry Browne se largaba en el auto del sheriff.

—Eso es imposible —murmuró Rosemary—. Browne está muerto. Se le hizo la autopsia y fue enterrado.

—El muerto pudo ser un sosia del verdadero Harry Browne. Starret chasqueó la lengua.

—No. Se investigó a fondo la identidad del muerto. Era Harry

Browne. Sin ninguna duda.

—Tampoco yo tengo dudas, Ralph. Browne es inconfundible. Le vi introducirse en el auto del sheriff. Yo estaba tras el árbol y quedé paralizado por la sorpresa. Al principio dudé, ya que no llevaba sus características gafas de miope; pero luego pude contemplarle a placer durante unos minutos. Era el difunto Harry Browne.

—¡Eso es absurdo!

—No del todo, Rosemary —dijo Starret—. ¿Qué me dices de esos gigan-tescos gusanos, de James Patten, Baxter...? Demasiados sucesos extraños y alu-cinantes. Algo diabólico se cierne sobre Knox City. Si el sheriff está ahora en el bungalow hablaré con él.

—No le vi salir del garaje. ¿Qué puede hacer allí tanto tiempo?

Ralph Starret ya había descendido del «Shadow». Fue imitado por Curtis y Rosemary.

Atravesaron el jardín en dirección al bungalow.

—Echa un vistazo al garaje, Geoffrey —ordenó Starret a la vez que pulsaba el llamador de la casa. La puerta se abrió a los pocos segundos.

Bajo el umbral Hayley Browne. Luciendo ceñido pantalón y un minichaleco en silodex enlazado sólo en la última atadura. El perfil de sus opulentos senos al descubierto junto con la cimbreante cintura.

—¿Otra vez por aquí, Starret? ¿Qué quiere ahora?

El detective empujó a la mujer.

Con suavidad.

Y, sin embargo, Hayley se tambaleó torpemente terminando por perder el equilibrio. Hubiera caído de no ser sujetada por Starret que reaccionó ante la falta de reflejos de la mujer.

Ralph Starret se adentró en el salón. A grandes zancadas. Recorrió el pasillo abriendo cuantas puertas encontraba a su paso.

Hayley fue tras él. Irritada.

—¿Qué significa esto?

Starret se percató de los mecánicos movimientos de la mujer. También sus facciones aparecían rígidas. Apenas movía los músculos. Un automatismo se-mejante al de Edward Baxter y James Patten.

—Hemos visto salir de aquí a Harry Browne.

—¿De veras? Eso fue hace días. Con los pies por delante.

—No, Hayley. Hoy mismo. ¿Qué infiernos ocurre aquí? ¡Responde!

Curtis llegó en ese instante.

—El sheriff no está en el garaje.

—Tampoco en la casa —dijo Starret manteniendo la mirada fija en Hayley—. ¿Y bien? ¿También niegas la presencia del sheriff Boyle? ¿Dónde está, Hayley?

—¡Al diablo contigo, bastardo!

Curtis intervino de nuevo:

—Eh, Ralph... El garaje dispone de sótano, pero no consigo dar con su acceso.

—¡En marcha, Hayley! Tú nos lo indicarás.

Ralph Starret aferró el brazo derecho de la mujer. Experimentó una extraña sensación. El brazo de Hayley estaba frío. Como el de un cadáver.

Abandonaron el bungalow. En el garaje dos vehículos.

—Queremos ver el sótano, Hayley.

La mujer sonrió. Fue hacia un pequeño panel camuflado en la pared accionando una de las palancas.

Una plancha comenzó a deslizarse en el suelo dibujando un amplio rectángulo. Entre los dos autos allí estacionados.

—¡Gran Dios! —exclamó Curtis con horror. Rosemary retrocedió ahogando el grito que pugnaba por brotar de su garganta.

Los ojos de Ralph Starret, fijos y aterrorizados en aquella descubierta oquedad.

Era como un rectangular pozo.

Y en el fondo, infinidad de gigantescos gusanos. Amontonados unos sobre otros. Formando un repulsivo amasijo de lactescente y fláccida carne contráctil. Cilíndricos cuerpos segmentados que se entrelazaban confundiendo sus patas y cirros tentaculares. Un pestilente hedor emanaba de la fosa.

Y entre aquellas monstruosas criaturas yacía el cuerpo de Mark Boyle.

Varias antenas acopladas sobre él. Como ventosas. Succionando en el infortunado sheriff.

—¡Ralph!

El aviso de Curtis llegó tarde.

El detective no pudo evitar el violento empujón de Hayley. Cayó a la fosa, aunque en el último instante logró aferrar sus manos a uno de los bordes. Su cuerpo comenzó a oscilar peligrosamente.

Uno de los anélidos se alzó extendiéndose, deseoso de alcanzar a Starret.

—¡Maldita bruja del averno! —gritó Curtis a la vez que propinaba un brutal trallazo a Hayley.

La mujer sí cayó en la fosa.

Sobre el amasijo formado por aquellas deformes criaturas.

—¡Aguanta, Ralph!

Geoffrey Curtis acudió en ayuda de su compañero colaborando con Rose-mary que ya pugnaba por izar al detective.

Starret fue puesto a salvo.

Cuando ya la boca de uno de los gusanos rozaba su pie izquierdo.

—¡Hay que acabar con ellos! Allí, Geoffrey... ¡Aquellas cápsulas de gaso-lina!

Curtis adivinó el plan de su compañero.

Comenzó a arrojar las cápsulas a la fosa. Cada una de ellas contenía diez litros de combustible.

Ralph Starret manipuló en la última de ellas improvisando una mecha.

—¡Salid!... ¡Pronto!

Rosemary y Curtis obedecieron.

Ralph Starret accionó la palanca de cierre.

La plataforma del suelo comenzó a deslizarse. Antes de que el rectángulo se cerrara por completo, arrojó la última cápsula ya con la mecha encendida.

La explosión, aunque estruendosa, quedó amortiguada al cerrarse por completo la plancha. El material resistente al fuego utilizado en la construcción del garaje haría el resto. El sótano quedaba convertido en un incandescente horno.

Starret llegó jadeante junto a sus dos compañeros que le esperaban bajo el porche del bungalow.

—Tenemos que... ¡Al suelo!

Starret unió la acción a la palabra.

Se abalanzó sobre Rosemary y Curtis obligándoles a caer. Justo en el mo-mento en que una lluvia de balas silbaban mortíferas sobre ellos.

Dos coches se habían detenido junto a la cerca.

Dos autos de la policía de Knox City. Descendieron seis uniformados agentes portadores de ametralladoras y lanzacohetes.

Iban capitaneados por Harry Browne.

* * *

Habían logrado refugiarse en el bungalow.

Desde los ventanales respondían al fuego de los atacantes.

—¡Se han vuelto locos!... ¡Están locos! —gritaba Curtis.

Uno de los agentes inició carrera hacia la casa. Sus movimientos eran tor-pes. Faltos de agilidad. Como los de un robot.

Ralph Starret presionó el gatillo de su «Strahl».

La bala dum-dum esférica destrozó al individuo. Y de sus humeantes y quemados restos quedó visible el blanquecino y amorfo cuerpo ya conocido por Starret.

Larvas.

—Ahí tienes la respuesta, Geoffrey... Esos hombres han sido atacados por..., por los gusanos y obedecen sus órdenes.

—¿Sus órdenes? —bizqueó Curtis incrédulo—. ¿Ordenes de...?

Starret y Curtis se arrojaron al suelo obligados por un enjambre de pro-yectiles que semidestrozaron el ventanal.

Rosemary gateó por el salón. Pálida.

—Es imposible comunicar, Ralph. Lo he intentado todo. Los teléfonos están desconectados, los transmisores no funcionan... ¡Ningún sistema de comu-nicación!

—Eso significa que se han apoderado del Departamento Local de Comu-nicación de la policía de Knox City...

—¿Cómo lo han logrado, Ralph? ¡Son cientos de funcionarios!...

—Con sólo atacar a sus principales dirigentes controlan momentáneamente la situación. Al igual que han hecho en la Browne & Baxter Industries. Edward Baxter, James Patten..., los principales jefes. Y luego el resto.

—¡No podemos continuar! —argumentó Curtis arriesgándose a asomar y disparar.

—Existe una posibilidad de salvación. Junto a la piscina he visto un auto-cohete tipo mochila. Hay que pedir ayuda, pero no aquí en Knox City. Debemos desconfiar de todos. Shawsburg es la localidad más cercana antes de llegar a San Francisco. Desde allí se puede comunicar con la megápolis. Tú irás, Rose-mary.

—No..., no quiero dejarte, Ralph...

—¿Por qué no voy yo? —se ofreció Curtis— Soy un tipo rápido.

—¿Serías capaz? ¿Salvar el pellejo por ocupar el puesto de una mujer?

Curtis inclinó la cabeza avergonzado.

—Tienes razón. Soy un gusano —Curtis sacudió de inmediato la cabeza—. ¡No! Quiero decir que soy...

Starret ya empujaba a la muchacha fuera del salón. Hacia la parte

trasera del bungalow. Se detuvo frente a uno de los ventanales de la fachada posterior.

—Diez segundos, Rosemary. Geoffrey y yo dispararemos sin tregua para darte ocasión de huir.

—Ralph...

Starret cerró los labios femeninos con un beso.

—Te quiero, Rosemary.

—¡Ralph!

Starret abandonó precipitadamente la estancia. Retornó junto a Curtis.

—Vamos a cambiar de posición, Geoffrey. Dispararemos desde la puerta de entrada.

Curtis se encogió de hombros.

—Da igual morir aquí que en el living. Gatearon hacia el corredor.

Antes de llegar al living una violenta explosión destrozó parte de la facha-da principal abriendo un boquete donde segundos antes se parapetaban los dos hombres.

—¡Infiernos!... Nos hemos salvado de milagro. Ya utilizan los lanzacohetes.

—¡Nuestro turno, Geoffrey! ¡Sin tregua!

Starret y Curtis dispararon sus respectivos revólveres «Strahl».

Dos autos más llegaron a la avenida. Con una dotación de diez hombres.

—No se han percatado de la marcha de Rosemary.

—¿Importa eso, Ralph? Cuando regrese con ayuda ya será demasiado tarde para nosotros.

Starret no respondió.

Excepcionalmente, Geoffrey Curtis había hablado con aplastante lógica.

CAPÍTULO XII

Habían retrocedido hasta la parte trasera del bungalow.

Al abandonar la fachada principal no lograron impedir el avance de los ata-cantes que cercaron la casa. Starret arrojó su revólver. Carente de munición.

Geoffrey Curtis consultó el indicador de su «Strahl».

—Cinco dum-dum. Nos queda el consuelo de enviar al infierno a alguno más.

Los dos hombres estaban al final del corredor. A la entrada de una de las habitaciones. Desde allí controlaban la puerta principal y los ventanales traseros.

—¿Crees en Dios, Geoffrey?

Curtis arqueó sus pobladas cejas.

—Pues..., es posible. No existen prácticas religiosas en nuestra sociedad. Fueron desterradas. La tecnología alcanzada ha hecho al hombre incrédulo y orgulloso de sí mismo. Ya somos semidioses. Pero todos, en el fondo, de nuestros corazones creemos en Dios.

Starret esbozó una amarga sonrisa.

—¿Te imaginas la Tierra devorada por esos gigantescos gusanos? Los gu-sanos dueños del planeta... El hombre, semidiós, sirviendo de alimento a los gusanos. Tiene gracia.

—¿De veras? Pues yo no...

Curtis se interrumpió para accionar su «Strahl». Con mortífera puntería.

El uniformado agente que surgió con maquinales movimientos por la puerta principal detuvo su avance al recibir el terrorífico impacto.

Y de nuevo el espeluznante espectáculo al que ya estaban acostumbrados.

De entre los restos humanos palpitaba la amorfa criatura protegida por gelatinosa capa. Aquella larva que segundos antes anidaba en un cuerpo humano.

Les llegó el lejano rugir de unos motores. Starret y Curtis intercambiaron una mirada.

—¡Cielos!... Son..., son...

—Sí, Geoffrey. Reactores de combate. Tipo «The Paladin» de Unidefensa Nacional... ¡Rosemary lo ha conseguido!

—Los dos amigos se incorporaron corriendo hacia la salida.

Starret se apoderó de la ametralladora del caído. Accionó el disparador proyectando una destructora ráfaga sobre la palpitante larva.

Hasta convertirla en pulpa.

—¡Cuidado, Ralph!

Starret giró.

Instintivamente continuó con el dedo índice sobre el gatillo.

El voluminoso Harry Browne retrocedió ante los múltiples impactos que abrieron su cuerpo. Ninguna sangre brotó de las heridas. Por entre las grietas se divisó la larva.

Starret centró sobre ella el fuego. Dominando las náuseas.

Al salir al porche vieron dos reactores «The Paladin» que aterrizaban verti-calmente en la explanada del jardín. Helicópteros ligeros bélicos sobrevolaban la zona disparando sobre aquellos que les ofrecían resistencia.

Soldados de la Brigada Especial de Unidefensa saltaron de los aparatos por-tando terrorífico armamento. Starret y Curtis, por temor a ser catalogados como enemigos, arrojaron sus armas.

Un hombre se aproximó a ellos. Luciendo uniforme bélico indestructible. La cabeza protegida por un casco con pantalla de vidrio a la altura de los ojos. Un diminuto aparato bajo la barbilla hacía audibles sus palabras.

—¿Ralph Starret?

—Sí, yo soy… Han llegado muy oportunamente.

—Soy el teniente Phil Hartman, de la B.E.U. La señorita Greene nos narró los alucinantes sucesos, aunque ya estábamos en antecedentes. Un ejecutivo de la Browne & Baxter Industries llegó hoy a San Francisco con una fantástica historia a la que, por supuesto, no dimos crédito. Cuando resultó imposible comunicarnos con Knox City empezamos a sospechar que algo anormal ocurría. Cuando las demandas de auxilio de la señorita Greene, ya nos disponíamos a intervenir.

—¿Han conseguido descubrir el origen de esos monstruos?

—Aún es demasiado pronto para eso, Starret. Nuestra primera misión es destruirlos. Knox City ya está bajo control militar y se efectúa registro casa por casa. Ahora debo marchar a la Browne & Baxter Industries. Es el nido de esas repulsivas criaturas.

—¿Podemos acompañarle?

—Por supuesto. Síganme.

Starret y Curtis se acomodaron en el interior de «The Paladin». El aparato fue pilotado por el propio teniente Hartman.

Pronto divisaron la fábrica.

Un dantesco espectáculo se ofreció ante ellos.

Bombarderos y carros de combate centraban toda su potencia de fuego sobre la Browne & Baxter Industries.

Cientos de anélidos se esparcían por la explanada. Algunos de ellos de un tamaño superior a los que fueron vistos por Starret, y

Rosemary en la Sección de Depósitos.

Verdaderos monstruos. Ciclópeos.

Aplastando con sus cilíndricos cuerpos a los coches estacionados en el aparcamiento.

Uno de los gigantescos gusanos se había enroscado a lo largo de la torre de la fábrica. Súbitamente extendió su contráctil cuerpo consiguiendo alcanzar a uno de los «The Paladin» que perdió el control estrellándose a poca distancia.

También uno de los carros de combate, con su tripulación a bordo, fue apri-sionado por uno de los anélidos más gigantescos.

El general Charles Donner, que dirigía la operación de ataque; vociferó tajantes órdenes por radio:

—¡A todas las unidades!... ¡Disparar a distancia! ¡No se aproximen a la explanada! ¡Repito!... ¡Mantener la distancia! ¡Orden de retroceder a todos los carros y vehículos bélicos!

Starret y Curtis, en la cabina de mandos, habían oído aquellas instruc-ciones.

—Es increíble... Asombroso —murmuró el teniente Hartman—. Esos mons-truos sólo pueden haber surgido del infierno.

—¿Qué hay de los empleados de la fábrica?

—Se ordenó evacuar la zona antes de comenzar el ataque. Muchos se han quedado defendiendo a esos engendros de Satanás. ¡No lo comprendo!

De nuevo sonó la voz del general Donner:

—¡A todas las unidades de ataque!... Dispuestas para el lanzamiento de proyectiles «Cherry-777»... Abandonen posible radio de alcance... Atentos a mi orden de disparo.

Hartman rió entre dientes.

—Proyectiles «Cherry-777»... La Browne & Baxter Industries quedará con-vertida en un montón de cenizas.

Cuatro minutos.

Transcurrido ese tiempo, y sistemáticamente, la fábrica fue bombardeada.

La llamarada fue vista a varias millas de distancia. Los anélidos, envueltos en llamas, se retorcían impregnando la atmósfera con un nauseabundo hedor. Poco más tarde, y según las proféticas palabras del teniente Hartman, todo que-dó convertido en cenizas.

EPÍLOGO

Rosemary abrió la puerta de su apartamento enclavado en el 3.549 de la Sandy Street. En la megápolis de San Francisco. En la zona antigua de la ciudad.

—¡Ralph!

—Hola, pequeña.

La muchacha le echó los brazos al cuello. Riendo emocionada. Sus verdes ojos terminaron por nublarse.

—Oh, Ralph... ¿Por qué no me has avisado? ¿Desde cuándo estás en San Francisco?

—Acabo de llegar. Y mi primera visita es para ti. Te he echado de menos, Rosemary. Mucho.

Habían unido sus labios. Apasionadamente.

En un largo beso.

Pasaron a un reducido salón de alegre mobiliario. Ralph Starret se dejó caer en el sofá.

—¿Cansado? —preguntó Rosemary acomodándose a su lado. Sonriendo feliz. Acariciándole con la mirada.

—Un poco. No ha sido un trabajo agradable colaborar con la Brigada Especial Unidefensa.

—Lo sé, Ralph. Las noticias publicadas eran escalofriantes.

—Ya no queda ninguno de... ellos. Los que se habían ocultado simulando una vida normal, a la semana, aparecían con el cuerpo descompuesto. Conver-tidos en pingajos. Y de entre esos despojos humanos surgía un gusano seme-jante a los destruidos; aunque de menor tamaño. La larva convertida ya en gusano. Ha sido alucinante.

—¿Se ha descubierto el origen?

—Lo están estudiando. Centran sus investigaciones en las larvas y gusanos. Se han conservado a algunos con vida; pero a los dos o tres días hay que desintegrarlos. Aumentan de tamaño de forma escalofriante. Son, efectivamente, gusanos. Respiración a través de la piel, segmento bucal, orificios para excreciones en la parte ventral de cada segmento... Sí, Rosemary. Gigantescos gusanos que aún ignoramos cómo han logrado producirse y adueñarse de cuerpos humanos.

—Pronto se descubrirá todo, Ralph.

—Eso espero. En esta ocasión hemos conseguido salir airosos; pero tenemos que evitar situaciones análogas. Nuestra tecnología no es tan perfecta como imaginamos. No somos semidioses, aunque dudo que aprendamos la lección recibida.

—No te comprendo...

Starret abarcó con ambas manos el rostro de la joven.

La atrajo contra sí besando de nuevo los carnosos labios

femeninos.

—Rosemary..., tú eres lo más perfecto..., lo más maravilloso y no quiero perderte.

Quedaron entrelazados. Acentuando caricias y besos.

El teclear de una máquina hizo que Rosemary se zafara de los brazos del detective.

—¿Qué es eso?

—La máquina facsimilar —sonrió la muchacha. La desconectaré. Hoy no pienso trabajar.

Rosemary, antes de desconectar el aparato, leyó la noticia recibida.

—Otra vez... Ahora en Kansas.

—¿El qué?

La joven se acomodó junto a Starret.

—La explosión de otra central termonuclear subterránea. En Llano Búfalo, Kansas. Era, siguiendo la costumbre, una central secreta. ¡A saber qué tipo de investigaciones se llevaban a cabo!

Ralph Starret abarcó los hombros femeninos. Entornó los ojos, pensativo.

—Llano Búfalo... He oído hablar de esa zona. Abundan las ratas del desierto...

F I N